GUZMAN
EL BUENO,
TRAGEDIA
EN TRES ACTOS,

DE D. NICOLAS FERNANDEZ
DE MORATIN.



CON LICENCIA.

En Madrid. Por D. Antonio de Sancha.
Año de M. DCC. LXXVII.

Se hallará en su Libreria à la Aduana vieja.

Vestigia Græca
Ausi deserere , & celebrare domestica
Facta. Horat. de art. poet.

AL EX.^{MOS} SEÑOR
DON PEDRO
DE GUZMAN EL BUENO,
DUQUE DE MEDINASIDONIA,
&c. &c. &c.

..... Accipe jussis
Carmina cœpta tuis. VIRGIL.

SEÑOR.

POcos Autores hallarán la feliz convinacion de circunstancias que en mí concurren para ofrecer esta Tragedia à V. E. Yo celebro en ella una accion grande y heroyca sobre quantas celebran otras naciones. Yo la dedico a tan legítimo dueño, como es un nieto por linea recta del señor D.

 Alon-

Alonso Perez de Guzman el Bueno; y con esto digo que es al Excelentisimo Señor Duque de Medinasidonia, à un Mecenas ilustre, benigno y poderoso. La dignidad y timbres de V. E. son tantos y tan esclarecidos, que no necesitan del auxîlio de mi pluma para hacerlos saber al mundo, y ellos son materia tan abundante, que están provocando aun al ingenio mas estéril; pues quanto los demás Poetas han dicho con adulacion à sus protectores, se lo podia yo decir à V. E. con verdad tan evidente, que desafiaba para la prueba, a la misma envidia, que no es la menor felicidad de un escritor. No lo es tampoco el que yo dedíque mi Tragedia, no à un magnate distinguido solamente por su grandeza y su fortuna; sino por su erudicion y talento en la Poesía, que à pesar de la moderacion de V. E. lo publicarán por mí

Sola Sophoclœo tua carmina digna cothurno.

Mediante lo qual, nadie mejor que V. E. conocerá el corto mérito de mi Tragedia, y ésta es la única circunstancia

que

que no es feliz por parte del escritor; pero tambien me consuela el que V. E. apreciará el trabajo, como quien sabe lo que es, y disculpará los errores. Los Critico-poetas theóricos, que en su vida han hecho un verso, y sin la practica se creen jueces suficientes en un arte tan dificil, por solo haver leído una ò mil Poéticas, censurarán segun costumbre; y yo respondo, que siempre que se me dé razon sólida, enmendaré el error, agradeciendo el aviso; pero no siendo así, ¿qué Autor que escribe con principios ha de estimar los diversos, è infundados caprichos de sus lectores? Esto no es decir que no havrá defectos; pero si la obra en comun tuviese mérito, ya se sabe que aquellos, no siendo enormes, se deben disimular, segun Horacio y Longino, y la razon: ni todos los que parecen errores lo son en la realidad, pudiendose interpretar las cosas de mil maneras. Por no reparar en esto, juzgaron algunos críticos, que en mi *Hormesinda* hice crédulo a Pelayo, como si la verisimilitud dramática fuera lo mismo que la fisica, ò como si una

Tragedia fuera algun pleyto ordinario, ò un teatro un tribunal. Si observásen à los Griegos, y à los mejores modernos, encontrarian mi disculpa. Muchos apoyan su crítica con la Naturaleza: el argumento es excelente; pero ella no tiene los límites tan bien señalados, que se distingan por líneas para saber quando se rompen; y asi, en no siendo un absurdo, es imposible conocerlo, pues segun los vários genios, uno juzga natural lo que à otro le parece violento, y las mas veces proviene de que leen à sangre fria lo que el Poeta escribió encendido y muy agitado, y son pocos los que pueden imaginar las situaciones sublimes, y hacer con viveza en su fantasia lo que llaman composicion de lugar; pero à qualquiera le es muy facil murmurar de todo lo que él no hace, reparar en quisquillas gramaticales, y hablar donde no le oye el Autor. Pero lo mas es, que muchos errores que verdaderamente lo son, los cometen los Autores dramáticos con pleno conocimiento, quando son muy teatrales, quiero decir, quando de ellos resultan mayores

hermosuras, que de la exactitud árida y escrupulosa que prescriben las reglas, las quales debe creerse que las sabrá qualquier Poeta juicioso, por lo menos tan bien como sus críticos, y que para haberlas abandonado en parte (que en lo esencial no es posible) no le habrán faltado motivos, porque las reglas del arte, como tampoco las leyes, no pueden prevenir todos los acasos: y ésta interpretacion y modificacion de unas y otras para la práctica, es dón privativo de los hombres grandes en ambas facultades. La observancia de las tres unidades à pesar de los Poetas libertinos no hay duda que es esencial; pero debe de ser tan dificil, que apenas se halla observada con rigor. Yo he procurado que la de accion se reduzca solo à la resistencia y constancia de aquel heroyco Español, aunque adornada de varios incidentes à propósito, que la hacen resaltar mas y forman los indispensables episodios. La unidad de lugar no está quebrantada, aunque se representa el suceso en el muro y acampamento, porque el auditorio se supone estar en el adar-

ve de Tarifa, desde donde oye y vé quanto pasa en ambas partes bien contiguas; mayormente considerando el antiguo modo de sitiar las plazas tan diferente del moderno, pues se hablaban unos y otros. Pero es menester tropezar con quien sepa disponer el teatro, y entonces no le faltará verosimilitud ni visualidad. El tiempo empieza à correr ya bien entrado un dia de los menores de Diciembre, y acaba antes de comer. Bien sé las licencias que se conceden, pero mejor es no usarlas. El lenguage he procurado que à lo menos sea español puro, que es mérito en nuestros dias, haviendole corrompido tanto los malos traductores, y cultivadole tan poco los que acaso desconfiados de arribar à la grandeza y sublimidad poco sabida de la lengua castellana, se acojen à la impostura de escribir en otras de que no hay jueces competentes. Pero quien en la suya no es Poeta, ni Rhetórico, ¿cómo lo ha de ser en otra, que siempre se sabe menos que la materna? y à ésta se la hace un cierto género de traycion en abando-

donarla por otra. No han hecho asi los hombres grandes, que todos lo fueron en la suya, y la castellana tiene tanto que aprender, que yo desconfio lograrlo, aunque la estúdio continuamente. No se opone esto al estúdio de otras lenguas, las quales deben saberse para otros fines, y para enriquecer mas y mas en lo posible la materna; pero pensar ser perfectos en las estrañas, ademas de ser inútil, no es posible, como lo confiesan de buena fé el docto Fleuri, D' Alambert, y todos los que son sabios ingenuamente. Exemplos muy respetables tienen los escritores en V. E. y en los elogios que de nuestro idioma hace en su Prologo el Serenisimo Traductor de Salustio. Si yo no he conseguido mi fin, será por defecto mio, y no de la lengua, que cultivandola todos, alguno la mejorará. No hablo de los afectos, situaciones, imitaciones, y otras delicadezas del arte, que V. E. verá si están ò no practicadas, pues lo sabe executar, pudiendole yo decir mejor que Ovidio à Cotys Rey de Tracia, y gran Poeta:

Hæc quoque res aliquid tecum mihi fœderis affert
Ejusdem sacri cultor uterque sumus.

Como tal espero que disimule V. E. mis defectos, y esto me basta para aprobacion, que si yo la logro tan grande, diré

Nam satis est equitem mihi plaudere, ut audax
Contemptis aliis, explosa Arbuscula dixit.
HORAT. SAT. 10. LIB. 1.

Como la hazaña del Señor D. Alonso fue tan admirable, que aun se emplearon en su elogio muchas plumas estrangeras, como la de Justo Lipsio y otras, no es mucho que la tratásen nuestros ingenios españoles. Algunos Dramas he visto de este argumento. Ojalá hubiese acertado à imitar los primores de unos, y à evitar los errores de otros; pero quien coteje esta obra con aquellas, se desengañará de que en nada se les parece. He procurado guardar el caracter de aquel heroe, insinuando algunas fórmulas y costumbres de nuestros avuelos, de las que deseo ser un insigne antiquario,

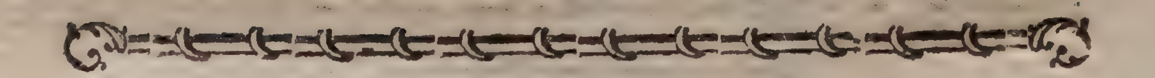
rio, mas bien que de otras naciones que poco ò nada nos interesan: no sé si es culpable este patriotismo. El amor, que es la piedra de toque de nuestros críticos, es aqui decente, es accesorio, y es trágico, que es quanto hay que responder. Bien sé que esta Tragedia no es para los teatros de hoy dia, donde solo reyna la abominacion y la barbárie, y no tienen de ello la culpa los ingenios españoles. Quizá vendrá tiempo en que esto se enmiende, que es muy facil, muy decoroso, y muy preciso, y solo cuesta el mandarlo. Ultimamente, Señor, yo no podia menos de hacer algun obsequio à la gran casa de Medinasidonia, ni creí poderla hacer otro, ni este puede hacersele mejor; y asi en parte me desempeño de las muchas obligaciones que confieso deber à V. E. cuya vida ruego à Dios diláte los muchos años que deseo y necesito.

PERSONAS.

DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN EL BUENO.
DON PEDRO *su hijo.*
DOÑA MARIA CORONEL.
DOÑA BLANCA.
XIMEN XIMENEZ.
JACOB ABEN JUCEPH.
REDUAN-AMIR.
ELVIRA.
Acompañamiento.

La Scena se representa en Tarifa.

ACTO I.



SCENA I.

Vista de Tarifa algo alta, y a un lado acampamento del Moro.

DON ALONSO DE GUZMAN, XIMEN, *y Soldados.*

XIMEN.

GRan Don Alonso de Guzman el Bueno,
ya sabes los sucesos de la guerra
quan inconstantes son.

GUZMAN.

Lo sé Ximeno.

XIMEN.

Pues no te admirarás que la fortuna
no te sirva, qual suele, vez alguna.
El cielo sabe mi dolor, y quanto
me pesa ser el triste mensagero
de funestas noticias; mas no quiero,
ni las debo callar, no un imprudente
se adelante à contartelas primero.

GUZMAN.

Ximen Ximenez, quieta está la gente
por los muros y alcazar de Tarifa,

cu-

cuya Tenencia por Don Sancho el Bravo
Monarca de Leon y de Castilla
concedida me fue: buenos soldados
militan à mis ordenes: la Plaza
abunda en provision de boca y guerra.
Y aunque piense inundar toda la tierra
Jacob Aben Juceph con gente armada,
que hizo pasar (la tregua quebrantada)
de la Africa à las playas españolas,
el invencible esfuerzo castellano
fuerzas divinas le contrastan solas.

XIMEN.

Pues hoy el dia amaneció aciago.

GUZMAN.

No me tengas suspenso, ni impaciente.

XIMEN.

Ya oiste à la alvorada aquel rebato,
pues fue que Aben Juceph fiero, insolente
con los nuevos socorros, y la gente
que de Fez y Marruecos le enviaron,
en tanta multitud, que contra España
jamas tantos millares de Agarenos
à Europa desde el Africa pasaron:
y esperando lograr buenos sucesos
con los nuevos ginetes de Granada,
à tiempo que cansados de la vela
juzgó à los nuestros, embistió furioso.
Contra él opuse un esquadron famoso
de caballos ligeros y peones;
¿mas qué harán contra inmensos batallones?
Salió Don Pedro de Guzman tu hijo,
Señor, contra tus ordenes expresas:

sa-

salió no obstante sin noticia mia,
que como ayo que soy desde su infancia
procuro contener su lozania.
La muchedumbre Alarbe con pujanza
cargó sobre los nuestros, que en la fuga
solo hallaron remedio...

GUZMAN.

¿Y qué mi hijo
volvió la espalda vergonzosamente?

XIMEN.

No, Alcayde, antes intrepido y valiente...

GUZMAN.

¿Murió como Christiano caballero?

XIMEN.

No murió; pero queda prisionero.

GUZMAN.

¿Prisionero? qué dices?

XIMEN.

Fueron vanos
nuestros esfuerzos, y Beltran Laínez
como bueno quedó muerto en el campo.

GUZMAN.

¡Que un joven temerario y imprudente
cause tanto pesar! ¡que mis consejos
de tal manera este rapaz desprecie!

XIMEN.

Si acaso puede haber algun consuelo,
tenle por su valor: desde la torre
le vi arrogante atropellando Moros
por medio las esquadras y armas fieras
entre las partesanas y montantes,
y el barbaro Muley, que su pujanza

se atrevió à contrastar, cayó en la arena,
sin que bastasen à evitar su muerte
ni la adarga de Fez, ni el jaco fuerte.

GUZMAN.

No repruevo el valor; mas él sabia,
que el arte de vencer no se reduce
à singular combate: el gran caudillo
que à su mando un exercito conduce,
mover y sustentar debe el gran cuerpo,
y verá que el valor es una parte
minima de la guerra; mas no el todo,
y aun es nocivo si le falta el arte.

XIMEN.

Con semejantes maximas ha sido
Don Pedro de Guzman por mí instruido
en el dificil arte de la guerra;
pero los suyos le dejaron solo.

GUZMAN.

¡O quánto el miedo del soldado yerra
pensando redimirse con la fuga!
pues quien va fugitivo no pelea.

XIMEN.

Don Nuño en vano rehacerlos quiso.

GUZMAN.

Si el soldado supiera quan preciso
le es el obedecer, fuera valiente
en ocasion, y en ocasion remiso,
y el triunfo del que sabe es evidente,
pues nunca va dudoso à la pelea.

XIMEN.

¿Mas qué mandas, Señor, que se provea
sobre el rescate de tu hijo?

GUZ-

GUZMAN.

Hablando
como soldado, me olvidé ser padre.
Cuido antes del comun que el proprio daño.
Pero mi hijo está en poder de Moros...
Corre, Ximen, y di que los tesoros
que en España y en Africa he ganado
los doy todos por él: todo mi estado,
y el Puerto de San Lucar, y Medina
Sidonia por Don Sancho prometida,
todo se venderá para el rescate.

XIMEN.

Será bien que algun tiempo se dilate,
pues hoy Don Juan Ramirez con socorro
de Sevilla vendrá y sus aduares.

GUZMAN.

Recelo las violencias del Rey Moro,
y mi hijo en su poder me da cuidado,
pues yo ni los ginetes de la costa,
ni de Sevilla ese socorro aguardo.

XIMEN.

Asi las cartas últimas lo dicen.

GUZMAN.

Pero, Ximenez, lo que mas me aflige
no es su prision, es la fatal noticia
que yo mismo he de dar ¡terrible trance!
precisamente. ¿Qué dirá mi esposa
Doña Maria Coronel, su madre?
Su madre, cuyo amor afectuoso
de la guerra apartarle pretendia,
y à su lado continuo le queria,
¿qué dirá quando sepa la impensada

prision del hijo? ¡Ay madre desdicha!

XIMEN.

Esa noticia à tí solo es debida.

GUZMAN.

¿Pues qué dirá tu Blanca prometida
por esposa al rapaz? ¡Triste doncella!
Tú en fin procura consolar à ella,
que yo à su madre animaré si puedo:
pero ella viene aqui.

SCENA II.

DOÑA MARIA, *y dichos.*

DOÑA MARIA.

¡Qué horror! qué miedo!
¿Es verdad, ò ilusion? ¡sueño espantoso!
¡Qué anúncio tan fatal! ¿Y mi hijo Pedro?

GUZMAN.

¿Qué turbacion, qué afan, Doña Maria,
de tu semblante pálido colijo?
¿De qué es tu pena?

DOÑA MARIA.

¿Dónde está mi hijo?

GUZMAN,

Cobra el perdido aliento, esposa mia,
y dinos tu dolor.

DOÑA MARIA.

¿Cómo no veo
à mi hijo Pedro de su padre al lado?
sin duda es cierto ¡ay Dios! lo que he soñado.

GUZ-

GUZMAN.

¿Por qué vanos pronósticos te guias?

DOÑA MARIA.

Desmienta el cielo las sopechas mias,
y ojalá no se cumpla el triste sueño
de esta noche fatal, sueño espantoso,
que me hizo ver en el comun reposo
à mi hijo ¡ay hijo mio! en ese llano,
y que un leon fierísimo africano
con las sangrientas garras y los dientes
su cuerpo con furor despedazaba.
Aun me parece escucho todavia
del feroz bruto los rugidos roncos,
y miro el fuego que en su vista ardia,
y escucho los suspiros lastimosos
de mi hijo ensangrentado... ¿Mas qué es esto?
Señor.. Guzman.. esposo.. ¿el rostro vuelves?
¿al cielo alzas los ojos lagrimosos?
¿reprimiendote en vano el color pierdes?
¿Dónde mi hijo está? ¿con que el terrible
sueño fue cierto? acaba, esposo mio.

GUZMAN.

¿Quién da crédito à un ciego desvario?

DOÑA MARIA.

Pero mi hijo ¿dónde está? Ximenez,
¿sabes algo? Vé, traele à mi presencia,
que quiero en mi regazo acariciarle,
y que con tiernos besos él consuele
el corazon de una asustada madre...
¿Mas tambien tú enmudeces?

XIMEN.

Si señora.

DOÑA MARIA.

¿Luego mi hijo es muerto?

XIMEN.

Aun vive ahora.

DOÑA MARIA.

¿Le ha cautivado el Moro?

GUZMAN.

Y si asi fuera
¿qué importaba el llorar?

DOÑA MARIA.

¿Con que cautivo
Pedro está entre cadenas? y yo vivo?
¿Quándo un sueño infeliz no salió fijo
à una madre que teme el mal de un hijo?

GUZMAN.

No tan cierto salió; que Pedro aun vive,
y ya pronto el rescate se apercibe.

DOÑA MARIA.

¿Pues en qué os deteneis? ¡ay desdichada!
¡Que tal angustia estuvo preparada
para mi tierno corazon! ¡O Pedro
hijo del alma, mi querido Pedro!
desvelo de tu madre regalada,
¿dónde estarás ahora? entre prisiones
en poder de Abembizes y Gomeles,
sin tu madre, que siente tus dolores.

GUZMAN.

Cesen, Doña Maria, los clamores,
y ninguna desgracia tú receles.

DOÑA MARIA.

Cesen ya los clamores, pues son vanos
donde hay esfuerzo... Al arma, Castellanos:
id,

id, traedme à mi hijo... El que volviere
con él, pida à su arbitrio las preseas.

GUZMAN.

Ahora la prudencia se requiere:
con fortuna qualquiera es virtuoso,
la desgracia examina el que es prudente.

DOÑA MARIA.

No supo que es ser madre quien tal dixo,
ni vió en poder de bárbaros un hijo,
de bárbaros sin ley, de quien recelo
qualquier atrocidad, y aun me parece
que el corazon latiendo me la anuncia.
Mi labio apenas trémulo pronuncia
el nombre de mi hijo, recelando
quizá algun grave mal.

GUZMAN.

¿Pues qué en tal caso
no tuviera valor Doña Maria?

DOÑA MARIA *asustada.*

¿Para qué preguntais que si tendria
valor?

GUZMAN.

Para ver muerto...

DOÑA MARIA.

A hablar no acierto:
¿à quién?

GUZMAN.

Al hijo...

DOÑA MARIA.

¡Ay Dios! ¿Pues qué le han muerto?

GUXMAN.

No: mas con todo ensaya el sufrimiento,

que un gran mal debe hallarnos prevenidos.

DOÑA MARIA.

¡Desventurada madre! en vano aliento.
No entiendo esos misterios escondidos.

GUZMAN.

No ha muerto Pedro, no, Doña Maria;
mas yo tu corazon provar queria...

DOÑA MARIA.

¡Prueva inhumana¡ ¿Y qué asi de una madre
burla el afecto y la ternura un padre?
¿Esto es posible? O quánto mejor fuera,
que este tiempo no asi se consumiera;
sino en dar libertad al hijo mio.
¡Lentitud afrentosa! yo no fio
su libertad al tiempo, y pues su padre
no la procura, corro à ver si acaso
la encuentra ansiosa una afligida madre.

SCENA III.

GUZMAN, XIMEN.

GUZMAN.

¡O quántos males nacen de un mal solo!
Despechada su madre hacer podria
quizá algun atentado: aqui es preciso
que se interponga la prudencia mia.

XIMEN.

A mi hija Blanca por alli diviso:
te seguiré en hablandola.

GUZMAN.

Ven luego.

SCE-

SCENA IV.

XIMEN, BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

Yo moriré deste dolor, Elvira,
que no es posible menos. Pero, padre,
¿Don Pedro está cautivo?

XIMEN.

¿Qué delira
tu imaginacion, Blanca? Estos acasos
son proprios de la guerra. Su rescate
se va à ajustar ahora, y aguardamos
de Sevilla el socorro. Si eligiera
un hombre sin valor para tu esposo,
no lloráras por él; mas no tuvieras
tan noble dueño, que à Castilla ensalza,
ni esperáras, qual puedes, que otro dia
alfombre con pendones africanos
el sevillano templo de Maria.
Ni que à Toledo se conduzca en hombros
de los Moros Gazules tu litera,
donde verás que sus cautivos Xeques
del claro Tajo regarán tus huertas.
Consuelate, y à Dios.

SCENA V.

BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

¡Consuelo vano!
Dejame, Elvira, lamentar contigo
la desventura de un amante triste,
de cuya ruina yo la causa he sido.

ELVIRA.

¿Pues tú, señora, qué motivo diste?

BLANCA.

Sabes que Pedro, mi adorado Pedro
para mi esposo estaba destinado:
hoy era, Elvira, el dia suspirado
de nuestra dicha, y ya las prevenciones
debidas de su casa à los blasones
estaban prontas, pues Guzman el Bueno,
para mostrarse de recelo ageno,
al Moro despreciando, pretendia
hoy celebrar las sacras ceremonias,
poniendo colmo à la ventura mia.

ELVIRA.

Castilla aplaude tan solemnes bodas.

BLANCA.

Bodas cubiertas de tiniebla y luto
por la temeridad de un ciego amante;
pues él ardiendo en generoso esfuerzo
de su florida juventud lozana,
galan con la esperanza de este dia
de amor lleno me dixo: „Blanca mia,
„¿vis-

„ ¿viste en que ayroso y bárbaro caballo
„ con las cubiertas bélicas de grana
„ Fatima escaramuza ? pues yo quiero
„ que sirva de troton à tu escudero ,
„ y tu esclava ha de ser la altiva Mora
„ à pesar de las huestes africanas.
¡O quánto engañan esperanzas vanas!
Yo lo confieso , Elvira , arrebatóme
presuncion mugeril ; le armé yo misma ,
y en los tiros pendió por mí la espada.
¡Qué vizarro y marcial! qué empenachada
cimera! qué alma , y qué purpureo rostro!
mas el número en fin al valor vence.

ELVIRA.

¡O mal haya , señora , el fiero monstruo
de la guerra , baldon de los humanos!
¡Execrable inventor , que à los hermanos
enseñaste à matar! ¡accion horrible!
¿Qué? asi la virtud reyna? ¿Qué es posible
que no halló otro algun medio la malicia
de inquirir la verdad y la justicia?

BLANCA.

¿Mas qué añafiles y atabales roncos [*Tocan.*
se escuchan? Muerta voy : todo me asombra.

ELVIRA *à Ximen al encontrarse.*

Si no vuelve Don Pedro , tu hija muere.

SCE-

SCENA VI.

GUZMAN, XIMEN, *soldados.*

XIMEN.

El Africano hizo llamada, y quiere
seguro para hablar: vandera blanca
su Araldo tremoló, yo los rastrillos
y puentes levadizas mandé luego
facilitar, y Amir pasó, y ya llega.

GUZMAN.

A tratar vendrá acaso de la entrega
de mi hijo, prevengase el rescate,
por magnifico y grande que le pida
nada se niegue, quede confundida
su altivez, su codicia bien saciada,
que sin duda será desmesurada
viendo la rica presa de que es dueño.
Pida hasta lo imposible: es deuda todo
à un hijo mio honor del nombre godo.

XIMEN.

Ya entró el embajador: plaza, soldados.

SCENA VII.

AMIR, ARALDO *con una vandera blanca, Moros, y dichos.*

AMIR.

No hay Dios sino Dios mismo: él tiene holla-
con su planta à los fuertes, fuerte es solo, [dos
que

que con la noche cubre el claro dia:
éste te ensalce, Cid Guzman.

GUZMAN.

Confia,
Don Reduan Amir, dí tu embajada.

AMIR.

Alá supremo y misericordioso,
que à su pueblo mostró misericordia,
vencedor de Satán, Dios poderoso
señor de muchos mundos, sublimado
con gran sublimacion, reyna en la altura;
pero en la baja tierra el mando ha dado
como à divino entre los otros hombres
à Aben-Jacob de Fez y Tarudante
Monarca, y de Marruecos, y las playas
muy estendidas que domina Atlante.

GUZMAN.

Prosigue, embajador.

AMIR.

Este arrogante
guerrero es el amado de Mahoma,
de nuestra ley intérprete divino,
que abrió con llave de doctrina santa:
las estrellas le adoran por destino,
y de su amor se mueren los luceros.
No hay mas Rey que él y Alá, por esto quiso
pasar inmensas huestes contra España,
por repetir, qual vió en Xerez Rodrigo,
de Muza y de Tarif la horrenda hazaña.
Puso cerco à Tarifa, y la fortuna
que adora su triunfante media luna,
le dió en sus sacras manos à tu hijo.

Es

Es piadoso mi Rey : dile , me dixo ,
que permito el rescate agradeciendo
quanto sirviendo à mi divino padre
en Africa lidió siempre venciendo.

GUZMAN.

A Aben-Jacob las gracias y el rescate
daré à su voluntad.

AMIR.

¿Tendrás deseo
de ver en libertad tu hermoso hijo ?

GUZMAN.

Por medio del rescate ya le veo.

AMIR.

¡Quántas lágrimas tiernas y suspiros
havrá por él perdido ya su madre !

GUZMAN.

Embajador , propon las condiciones
del trato , y lleno irás de ricos dones.

AMIR.

Ya ves que el preso es joya inestimable ,
no solo , Cid Guzman , por ser el hijo
primogénito tuyo , aunque es gran timbre ;
sino por su gallarda vizarria ,
su esfuerzo y tierna juventud amable ,
pues ya es muy gentil hombre y arriscado ,
y imán del campo moro es su hermosura.
La intencion de mi dueño , que es mas pura
que alva leche de cándidas ovejas ,
conoce los afectos paternales ,
y no pretende à costa de caudales
inmensos deslucir tu ilustre casa :
ni que le des el oro que en sus naves.

Hi-

Hiran llevaba à Tyro para el templo
de Salomon desde esta rica Tharsis.
Un corto precio pide solamente
por alaja tan digna y excelente:
facil medio se hàlló para que veas
presto à tu lado al hijo que deseas.

GUZMAN.

Sin duda Aben-Jacob agradecido
de lo bien que en el Africa he servido
quiere mostrar que la virtud se encuentra
aun entre religiones diferentes,
propria grandeza de inclito Monarca.
El rescate y magnificos presentes
le llevarás.

AMIR.

Pues solamente pide. . .

GUZMAN.

¿Qué pide el fiel magnánimo Califa?

AMIR.

Que le entregues la fuerza de Tarifa.

GUZMAN.

¿Tarifa? . . yo? . . entregar? . . qué dices Moro?

AMIR.

No te admire Guzman, nada imposible
te pide mi señor: ¿qué menos quieres?

GUZMAN.

¿Pues qué tan incapaz de razon eres
que ignoras que esta insigne fortaleza
no es mia propria, que es de mi Rey solo?
Soy su lugar-teniente, y defenderla
juré solemnemente al Cielo mismo,
haciendole omenage y pleytesía

en

en manos del Maestre Don Rodrigo
al espirar: de aquesa Andalucia
pidanme mis estados, ò si quiere
cien mil doblas, y aun mas le llevarias.

AMIR.

Guzman, los que se precian de prudentes
saben que esa fantasma, que honor llaman,
es solo imaginaria, y que no existe
sino en débiles almas: mi gran dueño
à quien hace la Luna reverencia,
te ofrece inmensa y bárbara opulencia,
y llegarás à merecer la dicha
de tocarle su barba, y en fiel muestra
de cariño besarla.

GUZMAN.

No pretendo
por tales medios honra, ni Españoles
jamás piensan asi: Dios es primero;
pero despues su honor, que al Rey ofrecen.

AMIR.

Pero algunos se encuentran, que merecen
mas que los naturales: en Marruecos
siempre honrado te vi, ni disgustado
fuiste como en España por los fieros
vandos sobre el derecho de los Zerdas.

GUZMAN.

En vano agravios frívolos me acuerdas.
Siempre seguí lo que pensé justicia.

AMIR.

Mas sin que sutilice la malicia,
la villa de Tarifa que defiendes
no es de tu primo el Rey, que es tuya propria,

pues

pues tu con tus parciales, acostados,
y escuderos la tienes à tu costa.

GUZMAN.

Los nobles siempre estamos obligados
à cumplir la palabra; y asi, Moro,
menos Tarifa lo qué quieras pide.

AMIR.

El cumplimiento de la fé se mide
por distinta medida: nadie pudo
prevenir al jurar, que preso fuera
por nosotros tu hijo, y pues varía
tan impensada circunstancia y cierta,
en ley ninguna el juramento obliga.

GUZMAN.

Quien toma à cargo alguna fortaleza,
todo previene, y aun lo no posible:
no ese solo, si mil hijos tuviera,
los diera por mi patria.

AMIR.

Y di, ¿si acaso
no le vuelves à ver? ¿si à Fez le llevan?

GUZMAN.

Mientras viva Guzman, mientras mi brazo
maneje espada y lanza, su rescate
no es dificil.

AMIR.

Mas tú ya has prometido
dar por él à Tarifa.

GUZMAN.

¿Yo tal dixe?
¿Qué es lo que dices, Moro Alavecino?

AMIR.

AMIR.

Aun lo imposible oí que prometias.

GUZMAN.

No te diviertas con las ansias mias:
vuelvete embajador.

AMIR.

Pero si llega
la posible ocasion de que la Villa
à fuerza de armas se entre, y toda España
como en tiempos de Ulít, entonces quedas
vil esclavo, sin hijo, y sin honores.
¿Quánto dieras por no haver malogrado
entonces la ocasion de ser amigo
de tan gran Rey por solo el corto obsequio
de un fortin, que va à dar al saco y fuego?
Reparate, Guzman, y desde luego
vuelve en tí, haz lo preciso voluntario,
que el sabio se acomoda à la fortuna.

GUZMAN.

Tengale tu Rey preso; mas su cuna
deberá respetar, que aunque cautivo
bien conoce quien es.

AMIR.

Voy à hablar claro:
Guzman el justador, Alcayde invicto,
no te alteres, escucha, pues quisiste
que me llamáse en Africa tu amigo.
Sabe, que Aben-Jacob el alto, el grande,
que venció en guerra à los Almoravides,
y el imperio afirmó en los Almohades,
sobre el Alcorán sacro jurar hizo
mirando el rostro ácia el oriente à todos

los

los Arrayaces de Africa y Egypto,
que han de volver à hacer que España toda
vuelva à adorar à aquel Profeta hermoso,
que ablandó los peñascos con su ruego:
que han de ultrajar vuestra nobleza, y luego
volver en Cobadonga à acorralaros,
saquear à la incendiada Compostela
robando el cuerpo del Patron Santiago.
Para principio de tan grande estrago
quiso como Tarif rendir los muros
de la antigua Tarteso, à quien dió nombre.
Exército juntó que à España asómbre
de numerosas libicas phalanges:
no evitaréis el cuello à sus alfanges,
ò à su yugo, aunque huestes mil aborte
ni con sus ricos hombres la Castilla,
ni Aragon con sus bravos infanzones,
que en defender se ocupan à Girona.
No está aun quieta Castilla, y la corona
portuguesa buscó sus intereses.
Aun no están Castellanos y Leoneses
con la reciente union bien hermanados.
Ya arma toca el Rey Moro de Granada
con la flor de su tropa y sus linajes.
El Infante Don Juan mal enojado
con nosotros milita, y en el lecho
postrado yace el Rey Don Sancho el Bravo.
Aun se acuerdan los Godos españoles
del trance funeral de Guadalete,
del de Alarcos y Uclés: Nuño de Lara
muerto por Almanzor, y el Rey Alfonso
de Aragon tambien muerto sobre Fraga

por los Moros, de Jayme al hijo amado
la mitrada cabeza dividióle
fiero Atar el de Málaga: horror tanto,
junto con el poder de mi gran dueño,
derramador de sangre de Christianos,
amedrenta à Castilla, y. . .

GUZMAN.

¿Hasta quándo,
Amir, abusarás de mi seguro?
Di à la Morisma que combata el muro,
que mas no quiero oir, que otra Numancia
verá en Tarifa, à quien rendir pretende,
que la flor de Castilla está à mi lado,
donde es soldado aun el menor del pueblo,
y un fuerte capitan cada soldado.

AMIR.

¿Mas no te aflige el riesgo de tu hijo?

GUZMAN.

O por el oro, ù el acero fijo
su rescate será: yo daré modo.
Ximen atiende.

Mientras habla Guzman con Ximen, dice à Amir el Araldo:

ARALDO.

En gran peligro estamos,
Cidi, volvamonos, y no irritemos
mas à tan feroz hombre, que da espanto.

AMIR.

Las rehenes de su hijo te aseguren.

ARALDO.

No hay mucho que fiar: ¿no vés con quánto
des-

desprecio mira el riesgo de su hijo?
Quien de él no se apiadó, ¿qué piedad quieres
que tenga de nosotros, si le irritas?
No ví tan atroz alma: al campo vamos.

AMIR.

¿Esa respuesta à Aben-Jacob llevamos?

GUZMAN.

Conforme te la di, dala al Rey Moro,
y di, que caballeros castellanos
jamas rinden la plaza al enemigo
mientras pueda en la mano estar la espada;
que es fuero de Castilla muy antiguo,
que el Alcayde à la puerta de su alcazar
debe morir: primero en mi cadaver
con honrosas heridas destrozado
ha de poner los pies; y el entrar solo
por encima de mí no está vedado.

AMIR.

Alá Quivir te salve, y ilumíne;
¿y de tu hijo?

GUZMAN.

El Moro determine.

AMIR *yendose.*

¡Qué lealtad!

ARALDO.

¡Qué bárbara constancia!

SCENA VIII.

DOÑA MARIA, BLANCA, ELVIRA, GUZMAN, XIMEN.

DOÑA MARIA.

Blanca, tu llanto enjuga, la distancia
no es mucha ni de tiempo, ni camino
que hay para ver à tu querido esposo
Pedro, mi dulce y regalado hijo,
pues su padre, al fin padre, habrá ajustado
su rescate prudente, y va sin duda
à traernosle Amir: suspende el lloro.

GUZMAN *aparte.*

¡Otro dolor, otro tormento, cielos!

BLANCA.

Valido de esto el insolente Moro
pedirá suma inmensa; mas no importa:
mi dote, mis alajas y preseas
pierdase todo si Don Pedro vuelve.

DOÑA MARIA.

Blanca, cosas inutiles deseas,
¿pues qué podrá pedir el Moro altivo,
que no le dé su padre facilmente?

GUZMAN.

Todo pudiera darle, solamente
el rescate que pide es imposible.

DOÑA MARIA.

¡Cielos! señor! esposo!

BLANCA.

¿Qué no vuelve

al

al instante Don Pedro?

GUZMAN.

¡Trance horrible!
Ya volverá.

DOÑA MARIA.

¿Pues cómo ya no ha vuelto?
¿Quando pensé que la prudencia tuya,
que sabe mi dolor y sentimiento,
diera disposicion de que al momento
volviera yo à vivir viendo à mi hijo,
hay esta lentitud? ¡Toda soy hielo!
¿Qué es esto? ¿Pues qué ha dicho el enviado?

GUZMAN.

Aun no el contrato está finalizado:
gran madurez las grandes cosas quieren.

DOÑA MARIA.

Pues darles sin tardar quanto pidieren.

GUZMAN.

Quizá no podré darle lo que pida.

DOÑA MARIA.

¿Pues qué puede pedir tan imposible?

GUZMAN.

Que le entregue las llaves de Tarifa.

DOÑA MARIA.

¿Eso pide? ¡qué horror! ¡Ay Blanca amada,
qué sobresalto, y quánta desventura
me anuncia el corazon! que es muy terrible
su padre.

BLANCA.

¡O infamia! ò bárbara insolencia!

DOÑA MARIA.

¿Y qué determinasteis?

GUZMAN.

La paciencia
todo lo vence.

DOÑA MARIA.

¡A cielos! Y si acaso
le embarcan para el Africa, y no puedo
quizá volverle à ver en muchos años,
¿qué será de su madre que le adora
como prenda infeliz de sus entrañas?

XIMEN.

Con la esperanza os consolad, señora.

DOÑA MARIA.

Pero, señor, si el Moro no se allana,
¿consentirás que vaya entre cadenas
à las mazmorras de Africa tal hijo
de tal padre, ò que reme en sus galeras,
ò en ministerios viles ocupado
desdiga de quien es?

GUZMAN.

Vivo fiado,
que no hará cosa indigna à su persona.

DOÑA MARIA.

Mas que su estirpe su virtud le abona.
Eso mismo à qualquiera empeñaria
que no fuese su padre à dar el modo
mas pronto de que vuelva; pero veo
con dolor tal demora: ò si yo fuera
à quien el contratar correspondiera,
¡ò como no gimiera ya en prisiones,
no digo el hijo de Doña Maria
Coronel, que son pocos mis blasones;
de Alonso Perez de Guzman el Bueno
di-

digo, que esclavo está del Sarraceno!

GUZMAN.

No aumentes mi tormento, esposa amada:
¿qué cosa me dirás que yo no intente
por dar la libertad tan deseada
à nuestro hijo? O qué acertado fuera
que en las plazas muger ninguna huviera,
que hacen daño mayor que el enemigo!

DOÑA MARIA.

O piensa que has de hacer, ò yo no sigo
lentitud tan severa.

GUZMAN.

¿Pues qué haria
sin faltar à su honor Doña Maria?

DOÑA MARIA.

Le librára una madre à todo riesgo.

GUZMAN.

¿Y à riesgo del honor tambien y fama?

DOÑA MARIA.

¿Y qué es posible no hay otro remedio?
Un caudillo excelente da mil trazas
en la guerra: vasallo y padre debes
discurrir; mas naturaleza misma
dice que eres esposo y eres padre.

GUZMAN.

Pero Guzman y Alcayde de Tarifa.

SCENA IX.

Los mismos menos Doña Maria.

Blanca.

Señor, doleos de la triste suerte
de toda vuestra miserable casa:
ved qué bodas las mias, qué torneos,
galas dispuestas, y sortija y cañas.
Mirad mis infelices casamientos,
que bastaban ser mios y de un hijo
vuestro, que el alma le conserva fijo,
para ser todo desconsuelo y llanto.

Ximen.

Mitiga el tuyo, hija querida, y tanto
no inquiete á Don Alonso tu porfia:
ve, y consuela la gran Doña Maria,
que el cielo dará luz; pero parece
que el Moro se descubre.

Guzman.

Pues al punto
retirarnos adentro nos conviene:
si algo quisiere, llame, no presuma
en mí debilidad, porque Don Pedro
está cautivo en la potestad suya.

Ximen.

Nuestras postas descubren todo el llano.

SCENA X.

Campamento del Moro à un lado, y al otro vista de la plaza algo mas alta.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, *Moros.*

ABEN-JACOB.

Amir, ¿con que ese fiero Castellano
tan inflexible estuvo?

AMIR.

Fueron vanas
mis artes orientales, vano el ruego,
y inútiles tambien mis amenazas.

ABEN-JACOB.

Pues al remedio apelarémos luego
premeditado, porque à fuerza ò arte
yo he de entrar en Tarifa, si el Sol entra.

AMIR.

Pues ve que lidias con el proprio Marte.

ABEN-JACOB.

Ya te adverti que mi voluntad regia
fue el conquistar á España, y que ya tengo
preparativos, máquinas horrendas,
exércitos de tierra y mar inmensos,
y mil galeras en el puerto surtas,
sin contar dromedarios y elefantes,
y en Algeciras berberiscas fustas.
Un mundo traygo entero, ya lo sabes,
para lograr que la dichosa España
vuelva à humillarse al yugo de Mahoma,

y para que la gloria resplandezca
de Abu-Nazar como en los claros dias
de los Abderramanes y Almanzores,
consagrados de Zeca en la Mezquita:
quando oprimido el lustre y valor Godo
la casa real de Cordova dió leyes
desde éste nuestro mar al de Cantabria
à los sobervios y vencidos Reyes.
El puerto de Tarif, llave de España,
Cartheya de Argantonio antiguamente,
quiero ganar primero, que hace frente
à Africa el mas cercano, y es su punta
la mas meridional en el estrecho.
Aqui empezó Tarif con su fortuna,
y à su imitacion yo: Tarifa tiene
el destino de España, si ella viene
à mi poder, España vendrá toda,
y hollaré como un tiempo en Guadalete
la altiva presuncion y pompa goda.

AMIR.

Escucho yo al señor de los creyentes
con gran humillacion; pero bien sabes,
que desde el dia santo de la Hegira
hasta el frio mayor del crudo hibierno
seis lunas hace ya que en libias naves
llegamos à poner cerco à Tarifa:
quanto hemos padecido, qué rebatos
nos dieron, qué constancia y qué salidas:
y al fin, señor, es fuerza que advirtamos,
que la guarda Guzman, el gran torneante.
Si en España ótra espada semejante
hubiera al tiempo del fatal Rodrigo,

nun-

nunca la entráran ni Tarif, ni Muza.

ABEN-JACOB.

Soy irreconciliable su enemigo,
y el deseo me llama à la venganza
desde que me engañó con asechanza,
y embarcó sus tesoros y su esposa,
y desde Africa dió la vuelta à España.

AMIR.

No olvidarás, señor, la peligrosa
batalla en que fue puesto por cautelas,
y habiendo muerto à diez su heroyco aliento,
luego le echamos un leon hambriento
el mas tremendo que abortó Getulia,
y el sobervio animal ¡raro portento!
rugió, y humilde se postró à su planta.
Africa toda la victoria canta
que hubo en los valles de la gran serpiente,
que hombres y brutos fiera devoraba,
ruina y desolacion del continente;
y en su caballo el Español valiente
combatió con la bestia levantada
sobre sus alas, que con roncos silvos
los montes atronó feroz hiriendo,
todos huimos del dragon horrendo,
y él solo con su espada el escamoso
cuero rompió, cayó del ayre à tierra
con grande estruendo el espantable monstruo.

ABEN-JACOB.

A mas de la venganza que devora
mi pecho, yo pensé vencer à España,
y sé que sugetarla es imposible
mientras haya Guzmanes: siempre han sido
sus

sus campeones, su defensa y muro,
y hasta Oviedo hallaré paso seguro,
si à él mato ò prendo, aunque se nombre ufano
domador de leones y serpientes.

AMIR.

Dificil cosa, Aben-Juceph, pretendes.

ABEN-JACOB.

Por su hijo él con Tarifa está en mi mano.

AMIR.

Del hijo no lo dudo, soberano
Miramamolin; pero al fiero padre
quizá no habrá conflicto que le rinda.
No ví tal fortaleza: le observaba
despues de muchas esta noche misma.
Por el muro tal vez se paseaba
vigilante: en su gran lanza apoyado
tal vez atiende, el peto le relumbra,
la alta visera y el penacho altivo,
y sus ojos al rayo de la luna.
Con el silencio oí como crugian
las fuertes armas, que ni dia ni noche
se quitó en todo el cerco de Tarifa.

ABEN-JACOB.

Pues hagase la seña y la llamada.

ARALDO.

Toca añafil. Castilla: há de la plaza.

SCE-

SCENA XI.

XIMEN *en lo alto, y luego* GUZMAN *y soldados.*

XIMEN.
Moros, ¿á quien llamais?
ABEN-JACOB.
A Guzman llamo.
GUZMAN.
Aben-Juceph ya escucho lo que mandas.
ABEN-JACOB.
¿Es posible que llegue tu osadia
à una temeridadad tan obstinada,
que no siendo posible defenderte
quieras entregar bárbaro á la muerte
à tí, y à tu linage, y tus soldados?
GUZMAN.
Rey Moro, si en los tiempos ya pasados
en que tu padre me entregó la costa
como Xeque de Oran, Tanger y Ceuta,
la hubiera yo vendido con traydora
resolucion, ¿por justo lo aprováras?
ABEN-JACOB.
No vengo à disputar: mas pues reparas
en entregar la fuerza: Amir, al punto
executa mis ordenes.
GUZMAN.
Ximenez,
¿qué pensará el Rey bárbaro? recelo,
que Don Pedro de angustias oprimido
al

al fin desmaye como niño tierno...
Pero no, que es Guzman, y es hijo mio.

SCENA XII.

Los mismos, y Don Pedro, *y guardias.*

Ximen.
¿Vesle, Señor? ¡qué lástima!

Aben-Jacob.
¿Conoces,
Guzman, à este doncél?

Guzman.
Negar no puedo
que soy su Padre.

Don Pedro *recio.*
Y yo, señor tu hijo.

Aben-Jacob.
Pues entrega la plaza, ò...

Guzman.
No prosigas:
ya he respondido, haz lo que quieras, Moro.

Aben-Jacob.
Pues si hasta ahora le guardé el decoro,
ya con tu obstinacion me desobligas.
Don Pedro de Guzman, rendid la espada.

Don Pedro.
Eso no: caballeros castellanos
solo à su Rey la ceden, y aunque presos
mueren con ella en la atrevida mano.

Guzman.
Hijo, entrega la espada: asi se sirve

à

à la patria y al Rey : llegará dia
de recobrarla : sufra el valor algo.

DON PEDRO.

Padre, ¿ lo juzgarán por cobardia
los que están en sus casas descansando
en los ricos escaños de Castilla?

GUZMAN.

Yo te abono, Don Pedro.

DON PEDRO.

Esa voz sola
me obliga : Aben-Jacob, toma la espada,

Dasela.

que lo manda mi padre, y le obedezco;
pero ve, que aunque ahora te la ofrezco
el hidalgo y constante Español fuerte
ni teme à los trabajos, ni à la muerte.

GUZMAN *recio.*

Ese, ese es hijo mio.

ABEN-JACOB.

¿ En fin te obstinas
en no entregar la plaza?

GUZMAN.

Antes la vida.

ABEN-JACOB.

Pues no estrañes sì à todo rigor llevo
las cosas al estremo mas terrible.

GUZMAN.

Yo soy leal.

ABEN-JACOB.

Tenaz irreducible
à la razon. ¡ Ah fiero Castellano!

GUZMAN.

Si no aviso à mi Rey, no está en mi mano....

ABEN-JACOB.

Ni en la mia tampoco la paciencia
con tal hueste, y tan poca resistencia
como teneis: el último recurso
es el que vés: este almayzar encierra
en su seno, Guzman, la paz y guerra:
ahí te le arrojo, elije lo que quieres,

Le arroja.

ó amistad buena, ò formidable estrago.

GUZMAN, *y luego los Christianos.*

Guerra, guerra: à las armas, Santiago.

ABEN-JACOB.

¡Qué rabia, qué baldon!

AMIR.

Alma terrible
digna de ser creyente.

ABEN-JACOB.

Al mas horrible
calabozo llevad al prisionero.

DON PEDRO.

Contento, ò padre, por España muero.

AMIR.

Corriendo viene allí Doña Maria.

ABEN-JACOB.

Pues no le vea.

DON PEDRO.

¡Ay dulce madre mia! [*Llevanle.*

SCE-

SCENA XIII.

DOÑA MARIA, GUZMAN, XIMEN, *y soldados.*

DOÑA MARIA.

Hijo mio, Don Pedro, aguarda, hijo.
¿A dónde vas?

ABEN-JACOB.

Tu bárbaro consorte,
Christiana, te dirá la triste suerte
à que le condenó, pues yo colijo
que no piensa Guzman que ese es su hijo.

SCENA XIV.

Amenorase el acampamento, y se ensancha la plaza.

DOÑA MARIA, GUZMAN, XIMEN, *christianos.*

DOÑA MARIA.

¿Qué es esto? ¡ay Dios! ¡qué horror! Yo estoy turbada.
¿Qué es lo que me sucede? Un temblor frio
la sangre me quajó. Yo me estremezco
desatentada. ¿Qué es aquesto esposo?

GUZMAN.

Esto es mostrar un pecho valeroso
contra la obstinacion de la fortuna.

esto es ser infeliz, ò ser dichoso.
Esto es hacer la mas tremenda prueva
de lo que puede el corazon de un noble.
Esto en fin ser leal.

DOÑA MARIA.

¿Eres tú padre
de ese infeliz y aprisionado joven?

GUZMAN.

Como del Rey de España fiel vasallo.

DOÑA MARIA.

¡Ay hijo mio¡ ¿Que esto escucho, y callo?
Pues cruel, ¿cómo asi dejas que lleven
al inocente niño desdichado
con padre tan omiso?

GUZMAN.

El ansia mia
no aumente tu clamor, Doña Maria.
Entrate à las tarimas de tu estrado
con tus esclavas, ò con tus doncellas.
Ruega de España al gran Patron Santiago.
Retiradla.

XIMEN.

Señor...

DOÑA MARIA.

Ya te abandono,
inflexible Guzman, padre inhumano
de corazon indómito. A los cielos
vuelvo mis ruegos anegada en llanto,
pues no hay medio en la tierra. ¡O padre horri-
indigno de honra tal! [ble,

SCE-

SCENA XV.

GUZMAN, XIMEN.

GUZMAN.

¡Trance terrible!
¿Qué es esto? ¡Ay Dios! qué horror! ¿Qué me abandonan
todos como à una abominable fiera?
¡Qué funeral horror en mi semblante
llevo por ser leal! ¡O patria! ò España!
¡O Rey quánto me debes! ¿No es bastante
el dolor paternal? ¿Y tú, Ximenez,
me abandonas tambien?

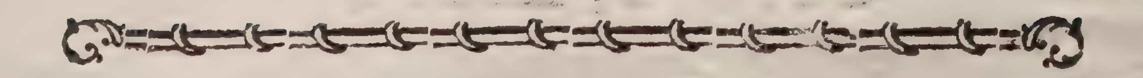
XIMEN.

Señor. . .

GUZMAN.

Amigo,
dejame lamentar aqui contigo.
¿Pues qué imaginas, dime, que no siento
en mi pecho el mas bárbaro tormento?
Pero es fuerza fingir. ¡Honores vanos,
que obligan à olvidar el ser humanos!
Deme el cielo ¡ay dolor! la resistencia
que necesito, y necesita España.
¡O Jacobo Patron, Apostol santo!
libra a tu pueblo en su fatal quebranto.

ACTO II.



SCENA I.

DON PEDRO, BLANCA.

BLANCA.

¿Qué es esto? es ilusion? Don Pedro amado,
¿que te vuelven à ver mis tristes ojos
rendidos de llorar? ¿qué se ha apiadado
el cielo à mi dolor? Dulce bien mio,
habla, dueño y señor, esposo, amante.

DON PEDRO.

¡O cielo! o Blanca! o pena penetrante!
Cielos, ¿para qué vine?

BLANCA.

¿A qué viniste?
¿cómo estás libre? dime, acaba.

DON PEDRO.

¡Ay triste!

BLANCA.

Dí, y no permitas que al dolor rebiente:
¿à qué has venido?

DON PEDRO.

A verte solamente,
Blanca adorada mia.

BLANCA.

Yo fui causa

fa-

fatal de tu prision por mis errores.

DON PEDRO.

¡Infeliz suerte, y trágicos amores!

BLANCA.

No ya tan infelices pues te veo:
ya al fin todo calmó: mas tu severo
padre viene.

DON PEDRO.

Retirate, Señora.

BLANCA.

Buscame presto, ò tú mi muerte llora.

SCENA II.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Hijo...

DON PEDRO.

Padre, à tus pies beso postrado [*De rodillas.*
la mano paternal y vencedora.

GUZMAN.

De confusiones mil estoy cercado,
sacame pronto de ellas.

DON PEDRO.

Vengo solo
por la postrera vez à despedirme
de mis padres y esposa, pues la muerte
temo cerca en poder de aquel tyrano.

GUZMAN.

¿La muerte temes y eres Castellano?

DON PEDRO.

No la temo, la espero.

GUZMAN.

¿Pero cómo
volviste? ¿te has huído, ò te soltaron?

DON PEDRO.

No señor: oyeme. La Infanta Mora
perdidamente mi desprecio adora,
y yo de su pasion ciega valido,
en secreto permiso la he pedido
para venir, aunque por tiempo breve:
ella facilitólo, pues de todos
con sus hechizos el corazon mueve.
Pero pleyto omenage hice primero
de volver antes fiel à sus reales
que me pueda su padre echar de menos.

GUZMAN.

Pues Don Pedro, los nobles y leales
no faltan nunca à su palabra, ni aunque
importára mil vidas; vuelve, vuelve,
y da à Fatima gracias de mi parte.
Vete antes que tu falta se conozca,
y ella sufra las iras de su padre.

DON PEDRO.

Yo sé el tiempo que tengo concedido:
permitid que à las plantas de mi madre
la dé el último abrazo.

GUZMAN.

En varoniles
pechos nunca expresiones femeniles
tienen digno lugar: estará ahora
retirada en su estancia: vete al punto.

DON PEDRO.

Aun puedo esperar mas.

GUZMAN.

Pues que te dejo
este rato, oye à un padre que te estima,
por si estos son los últimos consejos.

DON PEDRO.

¡Qué tormento fierísimo, qué angustia!

GUZMAN.

Ya ves la ufana juventud robusta
à quantos precipicios te despeña:
ya ves la audaz desobediencia tuya
à qué fin te conduxo tan amargo.
Tú no estimaste ni el militar cargo,
ni la paterna autoridad, y ciego
contra mi voluntad saliste al campo.

DON PEDRO.

Es verdad, señor... Padre, no lo niego.

GUZMAN.

Pues ya te castigó la providencia
veladora por tal desobediencia,
y si à mi poder vuelves, en consejo
de guerra con rigor tu culpa trato.

DON PEDRO.

Me honro en ser hijo de español Torquato.

GUZMAN.

Mas no eres solo tu quien lo padece.
Tu madre desdichada ¿qué merece,
para padecer tanto? Ximen, Blanca,
todos, España, y yo, que à todos sufro
con penas mas acervas y crueles?

DON PEDRO.

¡O cielo! ¿y de esta angustia no te dueles?

GUZMAN.

Y mi suerte infeliz à tal estado
me abatió, que aunque padre me es preciso
olvidarme de serlo; y asi quiso
mi desgracia, que tenga que olvidarme
de Castilla ò de tí: ya no hay remedio,
hijo, ¡qué pena y riguroso trance!
Mas no es justo tampoco que padezca
por solo uno la patria. Yo rebiento
del tremendo dolor; ¿mas qué he de hacerme?
que aunque soy padre, soy leal vasallo.
Yo por la patria cosa mas no hallo
que ofrecer que mi hijo, éste le ofrezco,
y la ofendiera haciendo lo contrario.

DON PEDRO.

Desgraciado nací: ¡valedme cielos!

GUZMAN.

Mas no puede quedar otro consuelo
que es el de la constancia generosa,
que al noble levantó sobre la plebe.
Muriendo, si es preciso, qual se debe,
borrarás dignamente tu delito.
Aprende en el rigor de este conflicto
à servir à tu Rey, si libre fueres,
y sino, estos instantes que vivieres
sabe cómo has de usarlos. Una hazaña
te puede hacer blason, y honor de España,
tanto la virtud puede: esta grandeza
de alma levantó à Roma à tanta alteza:
ésta ensalzó à Castilla, y grandes triunfos
amon-

amontonó: ni pienses que un Romano
excede en el valor à un Castellano,
que à su Rey dará acaso nuevos mundos.

DON PEDRO.

Padre y señor, humildemente admito
consejos tan hidalgos como justos.
¡Mas ay! mi madre viene. ¡Madre mia!

SCENA III.

DOÑA MARIA, *y dichos.*

DOÑA MARIA.

¡Hijo del alma, ay hijo! ¡ay qué alegria!

GUZMAN.

¡Nueva confusion cielos! Viene à verte
Don Pedro, y vuelve al punto al campo moro.

DOÑA MARIA.

¿Cómo volver? mis joyas y tesoro
le llevad; pero el hijo de mi vida...
primero he de morir.

GUZMAN.

Esposa es fuerza,
que asi está prometido.

DON PEDRO.

Es cierto, madre.

DOÑA MARIA.

Pues yo no le hice al Moro tal promesa.
Entra à reposar, hijo.

GUZMAN.

No desmientas
à tu antiguo esplendor, Doña Maria.

DON

DON PEDRO.

No puede ser. ¡Ay dulce madre mia!

DOÑA MARIA.

¡Prenda de mis entrañas, regalado
dulce amor de tu madre! Ola criados,
servidle con la salva y la escarlata,
y en su alvergue descanse.

DON PEDRO.

¡Madre mia!

DOÑA MARIA.

Hijo, ¿qué no te acercas à tu madre,
que te adora en extremo?

DON PEDRO.

Humilde beso
tus pies, señora.

DOÑA MARIA.

Alzate, llega, vuelve
mil veces à mis brazos. Mas, y ò Pedro,
jurame no apartarte de mi lado.

DON PEDRO.

Señora, ya sabeis lo que he jurado.

DOÑA MARIA.

Nada me aquieta.

GUZMAN.

Ya sufrir no puede
tanto mi pundonor: Doña Maria,
ya que tu ciega sinrazon no cede
à lo que es justo, y manda la hidalguia,
advierte, que Don Pedro se ha buscado
por su mano este mal: él à otros padres
obligára à quebrar la fé jurada.
Pues él se lo adquirió, que sufra honrado
qual-

qualquier suerte que tenga preparada.
Bien lo merece todo: ¿por qué ciego
no obedeció à su padre? Al mas prudente?
Al ayo? Al general que le mandaba?
¿Qué, la obediencia militar es ésta?

DOÑA MARIA.

Mis lágrimas te sirvan de respuesta.

GUZMAN.

Pero bien: ¿qué mas tiene ese soldado
que otro alguno? Tambien Fortun Fernandez
está en el real del Moro aprisionado.
¿Es mas que un hombre el uno y otro? y quieres
que por un hombre entregue yo una plaza,
que es el antemural, y es la barrera
sola que tiene la afligida España?
Aqui rechaza embates y avenidas
de la inmensa morisma: si esta presa
rompe el impetu suyo y grandes furias,
se inundará con sangre, incendio, y muertes
hasta las rocas ásperas de Asturias.
¿Y esto he de darle al Moro?

DOÑA MARIA

¿Mas no adviertes,
señor, la distincion de los sujetos?
¿No es hijo tuyo Pedro y muy amado?

GUZMAN.

Hijo mio es aqui qualquier soldado.

DOÑA MARIA.

¿En fin que ni te dueles, ni eres padre?

GUZMAN.

Si me duelo: mas soy tambien vasallo.

Do-

DOÑA MARIA.

¿Qué es del valor antiguo y celebrado
que es heroyco blason de los Guzmanes?
¿Diré, esposo, que en tí ya se ha acabado?
Eso si para justas y torneos,
y fiestas entre damas y galanes
con fingidas batallas eres bueno;
y en la ocasion que mas te convenia,
no libertas, quizá por cobardia,
al hijo único tuyo en riesgo tanto.

GUZMAN.

¡Qué esto sufra! Señora, no me espanto
de tu delirio: el Africa lo cuente.
¿Habrá espada en Castilla tan valiente,
que à la mia se oponga? mas dejemos
de hablar con tan inútiles estremos,
y el corazon sosiega.

DOÑA MARIA.

¿Quién haria
barbaridad tan fiera, aunque criado
fuese en Libia en los montes de la Luna.

GUZMAN.

Qualquiera que tuviese esta fortuna
de ofrecer por la patria un hijo solo.

DOÑA MARIA.

Mejor es con valor que tiemble el polo
defender à Tarifa: si los hombres
no se atreven, yo, yo con mis mugeres
cada qual como líbica leona
à defender saldremos à mi hijo,
pues su padre no quiere.

GUZMAN.

¿A mi persona
se trata asi? ya falta el sufrimiento.
¿Posible es que su madre en mi presencia
à un hijo mio dé tales consejos?
Por la vida del Rey Don Sancho juro,
y por vida del Principe Fernando,
que mas me inquieta la imprudente madre,
que del Africa unida el moro vando.

DON PEDRO.

No aflijais mas, señora, à mi gran padre.

DOÑA MARIA.

¡Ay madre infelicísima!

GUZMAN.

Dichosa
mejor puedes decir, si à costa solo
de un hijo de tu vientre à lograr llegas
que España de cadenas se liberte.
¿Quántas dueñas de honor quizá te envidian
la dicha de ser madre de aquel hijo,
que liberte à Castilla amenazada?
¡O cómo todas sin reparar nada
entregáran sus hijos, si supieran
que con eso à la patria redimieran!
¿y tú no lo agradeces?

DOÑA MARIA.

¿Y es posible
que tendrás corazon tan inflexible
para dar otra vez el hijo al Moro?

GUZMAN.

No hay remedio, y à mí si me admitiera,
y à tí tambien, esposa, aunque te adoro.

Do-

DOÑA MARIA.

Yo iré à servir de esclava, y en la frente
me dejaré marcar, libre á mi hijo,
él viva, y muera yo entre estraña gente.

GUZMAN.

¿En fin dices, esposa, que la fuerza
entregue, y que vendamos hoy à España?
Que al Rey y religion con mil trayciones
y perjurios faltemos? ¿esto quieres?
di, acaba.

DOÑA MARIA.

Libra à mi hijo si pudieres.

GUZMAN.

Como padre lo haré, como caudillo
tambien si puedo; mas sino es posible,
y no hay remedio ya, no solamente
he de entregarle yo; pero su madre
gustosa ha de decir que lo consiente.

DOÑA MARIA.

¡Sentencia injusta de terrible padre!
Ven, hijo, à consolarme el tiempo breve
que te queda.

GUZMAN.

Ya irá, Doña Maria:
darle algunos avisos yo queria
útiles. Despejad: solos quedemos.

DOÑA MARIA.

Venme à ver presto, mira mis estremos.

SCENA IV.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Estremos de flaqueza femeniles
capaces de infundir la cobardia
en el pecho mas fuerte. Yo queria,
Don Pedro examinar adónde llega
tu valor: si los llantos de tu madre
te enternecieron: y si Blanca ruega,
si débil cederás: que à tal instancia
casi recelo ya de tu constancia.

DON PEDRO.

¿Eso dudas, señor?

GUZMAN.

¿Estamos solos?

DON PEDRO,

Nadie escucha.

GUZMAN.

Pues di, ¿vuelves gustoso
à la prision del Moro?

DON PEDRO.

Mi palabra
di, y cumplo siempre alegre mis promesas.

GUZMAN.

¿Pues no es mejor yantar aqui à mis mesas,
que alli irritar del Arabe la saña?

DON PEDRO.

Soy hijo de Guzman, y soy de España.

GUZ-

GUZMAN.

Habla claro hijo mio : ¿ no confias
tu secreto à tu padre ? Di , no temas.
¿ Piensas , que estrañaré que los temores
de la muerte , en el hombre naturales ,
te estremezcan ? Son débiles los hombres :
confiesalo à tu padre que te estima :
no hablas ya con Guzman el riguroso ,
nada sabrá el Alcayde de Tarifa.
Confiate.

DON PEDRO.

Señor , no me acobarda
la prision , ni la muerte si es precisa.

GUZMAN.

Y dime , Pedro , ¿el tierno amor de Blanca,
y su dulce himeneo hoy preparado
te detendrá en la plaza ?

DON PEDRO.

Si estuviera
con el honor que ayer , si ya que huviera
sido preso , me huviese rescatado ,
ù de otro qualquier modo libertado ,
¿ qué mayor bien pudiera el mundo darme?
Mas quando esclavo llego à imaginarme ,
verguenza noble y temeroso empacho
me aparta con rubor de su presencia.

GUZMAN.

Juzgo que la modestia y reverencia
disfrazan tus palabras : de mí fia
tu amor : entrambos somos militares,
cuentaselo al Alcayde de Tarifa ;
nada sabrá Guzman tu adusto padre.

DON

DON PEDRO.

El vano amor tiene hecha su manida
solo en ociosas almas: no entre guerras
vive, ni entre el honor: siempre que reyne
pasion mas fuerte, y varonil, y heroyca,
el noble de ésta él ímpetu contiene.

GUZMAN.

¿Podré creer que salen de tu boca
verdades incorruptas?

DON PEDRO.

Vé si acaso
corresponden, señor, à los preceptos
que en la niñez me has dado.

GUZMAN.

¿Con que puedo
fiar de tu valor?

DON PEDRO.

Seguramente.

GUZMAN.

¿Con que eres buen Guzman?

DON PEDRO.

Si.

GUZMAN.

¿Y hijo mio?

DON PEDRO.

Mi ardor lo diga.

GUZMAN.

¿Con que el desvario
de tu madre y esposa no es bastante
à rendir tu valor siempre triunfante?
¿Y tendrás si es preciso atrevimiento
à sufrir de la muerte el fin violento?

DON PEDRO.

Y aun à tomarla por mi propria mano.

GUZMAN.

Conozco que tu pecho es castellano.
Llega, llega à mis brazos, hijo digno
de Don Alonso de Guzman. ¡Qué gozo!
No esperaba yo menos de mi sangre.
Nada recelo ya.

DON PEDRO.

Pero quisiera,
padre y señor, aun antes que me fuera,
pues mi muerte cercana ya contemplo,
seguir de los mayores el exemplo:
para esta última hora que me diesen
de Santiago Patron de las Españas
el hábito pretendo: soy Christiano.

GUZMAN.

Haré que no carezcas de sus gracias.
Voy pronto à prepararlo.

SCENA V.

DON PEDRO, DOÑA MARIA, BLANCA.

DOÑA MARIA.

¿Por qué, ò Pedro,
te escondes de tu madre que te ama?
¿Asi pagas mi afecto y mi terneza?
¿tan poco le merezco à tu fineza?
No ví hijo tan ingrato.

DON PEDRO.

Madre mia,

¿por

¿por qué tanto me ofendes? ¿yo me olvido
del entrañable amor y la ternura
de mi madre adorada? ¡qué locura
fuera la mia! ¿Yo no te venero?
¿yo mas que à mi persona no te quiero?
No, señora, quien tal dice se engaña.

DOÑA MARIA.

¿Venciste de tu padre ya la estraña
severidad? dió alguna providencia?

DON PEDRO.

Me es preciso volver, no hay resistencia.

DOÑA MARIA.

¿Esto se adelantó con su consejo?
¿qué dices, Blanca tú?

BLANCA.

Donde una madre
y un hijo, y aun su padre están tratando
tan íntimos asuntos, ¿qué hablar puede
una ignorante y misera doncella,
sino llorar su rigurosa estrella?

DOÑA MARIA.

Mira, Blanca, mi esposo à tí te quiere
con amor paternal, quizás podrias
rogandole con llanto, su atroz alma
rendir, volviendo sus entrañas pias.

DON PEDRO.

No aflijais à mi padre.

BLANCA.

¿Quién, señora,
mejor conseguirá lo que pidiere,
que tú de un dueño que tan fiel te quiere?

DOÑA MARIA.

¡Ay que es impenetrable! Ruega à Pedro,
pues tú podrás con él mas que su madre,
que no se vuelva al campo de los Moros,
que enviaré cien mil marcos de rescate:
ruegaselo tú, Blanca por tu vida;
la mia está en tu mano, hija querida,
pues yo no puedo resistir tal pena.

SCENA VI.

DON PEDRO, BLANCA.

DON PEDRO.

Mayor mal que la bárbara cadena.

BLANCA.

¿En fin que logro verte, y puedo hablarte
sin riesgo?

DON PEDRO.

Hablame pronto, Blanca mia,
(ya no mia) que vuelan los instantes.

BLANCA.

¿Pues quando nuestra madre me confia
el reducirte, asi respondes fiero?
¿Se dirá que una esposa à un caballero
le suplicó algo en vano, y no fue oida?

DON PEDRO.

Dejame por la tuya y por mi vida.

BLANCA.

¿Esta, ingrato, es la fé que me juraste?
¿nada has de hacer por mí? ¿por tí que pude
hacer que yo no hiciese? Por tí solo,

por

por tí dejé mi patria y mi regalo,
y me vine à encerrar entre las armas,
entre el estruendo, guerra y sobresalto.
Ten piedad de mí triste, dueño mio,
y de mi desamparo y mi tristeza,
duelate tanto mísero suspiro;
no te vayas, señor, que al dolor muero,
por estos ojos de llorar cansados,
por estas fieles lágrimas que vierto.
Si me amaste algun tiempo, si aun te dura
en el pecho la imagen de tu dama,
que tan rendida y tan infeliz ama,
no te expongas al riesgo nuevamente,
mira que algun gran daño te amenaza.
¡Ay que yo temo en desgraciada muerte
verte morir! que el corazon me anuncia
no sé qué grande mal: ¡ay dueño mio!
no aumentes mi tormento y desvario.

DON PEDRO.

Blanca, consuelate: sino estoy digno
de tu grande hermosura, no merezco
lograrla por ahora, yo te ofrezco
volver digno de tí.

BLANCA.

¿Con que mi llanto
tan poco alcanza con mi amante? ¡O quánto
mísera me engañé! Terrible dia
para tormento y desventura mia.

DON PEDRO.

Consuelete mi padre, Blanca amada,
y no me dés tan bárbaro tormento.

BLANCA.

¿En fin que ni mi amor, ni mi lamento
pudo vencerte?

DON PEDRO.

No es posible.

BLANCA.

Aleve,
ya tus trayciones pérfidas entiendo.
Jamás me amaste, ò ingrato, es imposible,
no lo creo, juraste falsamente.
Ya penetro el motivo tan urgente
de tu fidelidad aparentada.
Fatima es quien te arrastra, la jurada
fé será à ella, y si esto asi no fuere,
no es heroyca virtud la que te incita
à executar accion tan inaudita:
es vanidad y altísima arrogancia
de tu altivo linage, que pretende
levantarse à los cielos con hazañas.
Siempre hicieron asi tus ascendientes:
propria sobervia y bárbara osadia
de la casa Guzman, que entronizada
siempre indómita obró por fantasia.

DON PEDRO.

Mi sangre es cierto quien me obliga, Blanca.

BLANCA.

¿No os bastan tantos timbres adquiridos
de tu avuelo el Rey Godo Gundemaro?
¿ni haber atropellado tantos Reyes,
tantas phalanges bárbaras hollando?
¿ni en Sevilla tu avuelo entrar triunfante
al lado invicto de Fernando el Santo?

ni

¿ ni haber sido tu padre sabio amigo
de Alfonso Emperador, Rey de Romanos?
¿ Tantos triunfos y célebres blasones?
¿ ni de Sevilla ser mayor Alferez,
y Alcayde de su alcazar y su torre?
¿ ni que te llame deudo muy cercano
el Rey de Portugal, y el Castellano?
¿ Tanto no basta à la ambicion inmensa
de honra à que siempre aspiran los Guzmanes?
¿ Qué mas lauros quereis? ¿ mayores timbres
tuvo otro alguno? ¿ en pecho humano caben?

DON PEDRO.

Esos mismos oprobrios que me dices
quien soy me acuerdan, y lo que hacer debo.

BLANCA.

Ceguedad loca de soldado nuevo:
¿ vas à poner por colmo à tus hazañas
la indigna accion de que à una esposa engañas,
que te creyó inocente? ¿ A este trofeo
por último aspiró tu devaneo?
¿ Una humilde doncella fiel y amante
es de quien triunfas fiero y arrogante?
¿ En esto para? ¿ osar ya mas no puede
la gloria de Guzman que al mundo excede?

DON PEDRO.

Basta ya: no me insultes, en mí fia,
y à Dios, à Dios, querida esposa mia.

BLANCA.

¿ En fin te vas, y yo à morir me quedo,
y sin vengar tu ingratitud? Malvado,
pérfido, no eres tú como te jactas
de sangre real y avuelos engendrado.

Temerario y falaz, bárbaro joven,
feroz como tu padre, ¿así me dejas?
Ni eres Guzman: las sirtes abrasadas
de Libia entre dragones te abortaron,
y con ponzoña y hiel te alimentaron.
Vengueme de tí el cielo.
Vase con despecho.

SCENA VII.

DON PEDRO, XIMEN.

DON PEDRO.
¡Ay desgraciado!
XIMEN.
Don Pedro, ¿à donde vas precipitado?
DON PEDRO.
A salirme al instante de Tarifa.
XIMEN.
Fuerza es que te detengas retirado,
que Amir entró en la plaza, y aqui viene
con tu padre.
DON PEDRO.
¿Qué quiere? ¡suerte impia!
¿Si à Fatima dañé con mi tardanza,
y ella sufre del padre la venganza?

SCENA VIII.

GUZMAN, XIMEN, AMIR.

GUZMAN.

¿De qué es la turbacion? Amir, sosiega
el alterado pecho.

AMIR.

Guzman, mira
que me han jurado en nombre de la Reyna
los tuyos el seguro para hablarte.

GUZMAN.

Puedes seguramente confiarte
con tal prenda: habla, Moro.

AMIR.

Mucho pido:
si no me favoreces soy perdido,
mi vida está en tu mano.

GUZMAN.

¿Con qué puedo
servirte (acaba, di) por mar y tierra?
que una cosa es la paz, y otra la guerra.

AMIR.

Mucho dudo lograr lo que pretendo.

GUZMAN.

En no siendo el Alcazar de Tarifa
pide quanto quisieres.

AMIR.

Tal no pido.

GUZMAN.

Pues concedido está.

AMIR.

AMIR.

Guzman, lo siento:
mas lo que busco solo es à tu hijo.

GUZMAN.

¿Pues qué novedad hay?

AMIR.

El Rey mi dueño
como Almocaden suyo à mi custodia
le fió: soy de Fatima el amante
mas ciego que se ha visto: ella constante
ama à Don Pedro, y él rogarla pudo
que le dé libertad un breve instante.
Mandómelo imperiosa, obedecila
à mi pesar, que no debiera; pero
tanto arrastra un amor: juró primero
solemnemente de volver al campo
antes que el Rey le llame, y en secreto.

GUZMAN.

¿Pues qué dudas si mi hijo lo ha jurado?

AMIR.

De otro que no fuese él, yo dudaria.

GUZMAN.

Tu falta de entereza merecia
mas rigor: mas si aquestos militares
delitos haces: cuida tu cabeza,
que no encontrarás siempre con Guzmanes.
Mi hijo volverá al campo.

AMIR.

La presteza
me interesa la vida.

GUZMAN.

¿Qué mas quieres?

va-

vaya al instante.

AMIR.

Tu virtud me asombra.

GUZMAN.

Pues si la aprecias, mi amistad te nombra
protector de mi hijo: en ti confio
que le defenderás de algun insulto.

AMIR.

Descuida, Alcayde, que es empeño mio,
y no cumplo con menos. Asombrado
tiene tu gran valor al campo moro.
¿Serás tú el mas terrible y esforzado
de tu nacion, y espanto y maravilla?

GUZMAN.

Otros tiene mi Rey allá en Castilla,
que yo venero, y Africa conoce;
mas puesto que tú quieres que yo goce
de tu amistad, la admito, y la disfruto.
Si la virtud en todas religiones
tiene lugar, un hijo te encomiendo;
no porque en él se note cobardia,
ni en mi para sufrir penas enormes.
Inconsolable está Doña Maria,
que es à quien solo contener pretendo,
y haz que algun mensagero cada dia
la trayga nuevas de él, que bien pagadas
serán; y este trabajo de ampararle
no te durará mucho, pues avisos
tengo, de que socorros al instante
me vienen de la costa, y de Sevilla
hombres de armas, y mil Almogavares,
y sé que con mil lanzas à estas horas

en

en Africa os inquietan los Farfanes:
todo esperanza de la paz muy pronta.
Ya ácia Castilla un mensagero corre:
tú harás porque cobrar pueda à mi hijo
con mas honrosas capitulaciones.

AMIR.

Nada haré que no deba.

GUZMAN.

Hidalgo Moro,
à Dios.

AMIR.

Elrab te salve, y en mí fia.
Jamás vi tal virtud en pecho humano:
solo le falta el ser Mahometano.

SCENA IX.

GUZMAN, XIMEN, *soldados.*

GUZMAN.

¿Qué alboroto escuché?

XIMEN.

Ya su remedio
puse al instante: inquietos los soldados
á Amir darle la muerte pretendieron.

GUZMAN.

¿A Amir? y estando con seguro mio?

XIMEN.

Ya enfrené el imprudente desvario.

GUZMAN.

¿Cómo à tanto desorden se atrevieron?

XIMEN.

Dixeron muchos hoy en nuestras haces,
que el Miramamolin rompió las paces,
y pues no guarda fé, no la merece.

GUZMAN.

¿Y qué no es justo que haya diferencia
de la fé del Christiano y su creencia
à la del Moro? El obre como quiera,
nosotros por la ley que es verdadera.
¿Ni quién dió tales fueros al soldado?
Saldra Amir libre, y presto, y escoltado.

SCENA X.

XIMEN, *y luego* BLANCA.

XIMEN.

¡Rectitud admirable, y hidalguia
de valor sin igual?

BLANCA.

¿A dónde iria
Don Alonso, señor, vibrando enojos
con la mano en la espada, que azorado
centellas arrojaba por los ojos?

XIMEN.

¿Qué dices? à aplacarle ire à su lado.

SCENA XI.

BLANCA, DON PEDRO.

BLANCA.

¡Ay! de quánto dolor soy combatida!

DON PEDRO.

Blanca, ésta es la postrera despedida.

BLANCA.

¡Qué tormento! qué horror! qué escucho, cie-
¡Morir no basta, sino ausencia y zelos! [los!

DON PEDRO.

Consuelate, y à Dios.

BLANCA.

¿Cómo es posible?
¿A cada instante otro dolor terrible?
¿desesperacion nueva à cada punto?

DON PEDRO.

A Dios, esposa, que me espera el Moro.

BLANCA.

¿Y qué yo he de callar? y qué el decoro
mugeril ha de ser nuevo tormento
muriendo ayrada, y con inútil lloro?

DON PEDRO.

¿Qué aun no me dices el à Dios postrero?

BLANCA.

¿Adónde vas?

DON PEDRO.

A ley de caballero
à cumplir mi palabra.

BLAN-

BLANCA.

¿A quién, ingrato?
¿Para qué disimulo? mi recato
¿de qué sirve contigo?

DON PEDRO.

¿Ese consuelo
en medio de mis penas y desgracias
llevo de tus piedades?

BLANCA.

¡O el mas fiero
de los hombres! Ya supe tus maldades.
Supe que amante de la Infanta Mora
la debes el favor de haber venido,
y supe que volver la has prometido,
y esa es tu obligacion. Bien recelaba
yo de tu ingratitud: ¿esto merece
la que mas que à sí propria te adoraba?
¿esto hacen los vizarros capitanes?

DON PEDRO.

No aumentes, Blanca, esposa, mis afanes:
¿Yo à Fatima querer? Otros cuidados
tienen mis pensamientos ocupados.

BLANCA.

¿Qué mas prueva? ¿mi llanto y mi fineza
pudieron ablandar esa dureza
impropia de tu edad y de un amante?
¿Diste alguna señal de ser humano
à mis lágrimas tiernas y suspiros?
¿Qué mas hiciera el bárbaro tyrano
mas inculto, nacido en los retiros
de Masilia? ¿A una amante arrodillada
hay quien tenga valor de negar nada?

Y tú me dejas sin piedad alguna
entre conflictos, ansias y pesares.

DON PEDRO.

Aman de una manera los vulgares,
de otra los nobles: yo sé lo que siento,
yo sé si disimulo mi tormento,
y que no soy creído. A Dios, señora.

BLANCA.

No te vayas, aguarda: en esta hora
postrera acaso de mi triste vida
no quiero que me juzgues ofendida.
Yo te perdono, aunque evidente sea
que en otra que no en mí tu amor se emplea.
¿Quién vió fineza tal? Desesperada
te ofendí con razones arrogantes,
licencia concedida à los amantes.
Lo confieso: perdona, esposo mio:
error fue de mi ciego desvario.
Ya no son zelos viles, piedad solo
me mueve de tu vida amenazada:
no vuelvas, dueño amado, al real del Moro,
que es bárbaro sin ley, y si allá vuelves,
tu muerte lloro con crueldad estraña.

DON PEDRO.

¿Me llorarás si muero por España?

BLANCA.

Que no vuelvas con lágrimas te pido.

DON PEDRO.

Nuevo Regulo soy, lo he prometido.

BLANCA.

No asi desprecies tu evidente riesgo:
yo iré à morir por tí, quedate, esposo.

¡Qué

¡Qué injusta paga de un amor inmenso!
Yo no sé donde estoy, ni qué me digo.

DON PEDRO.

Dejame, Blanca, que mi estrella sigo.

BLANCA.

¡Dura estrella! A lo menos este dia
suspendelo: ¿qué importa al Rey, ni á España?

DON PEDRO.

España quizás hoy me necesita,
y el Rey tiene gran tiempo sus soldados
para servirse de ellos solo un dia,
y este acaso es el mio: en él yo puedo
ganar mas honra que otros muchos heroes
en muchos siglos con feroz denuedo.

BLANCA.

¿Quién hollará peligros tan atroces
como tu padre y tú? ¿Dónde se ha visto
tan grande esfuerzo de ánimos feroces?

DON PEDRO.

No es tan grande la pena que resisto,
y menos al valor de los Guzmanes.

BLANCA.

¿Quién tuviera tan bárbara osadia?

DON PEDRO.

Qualquiera que tuviese esta fortuna.

BLANCA.

Será; mas no se ha visto todavia.

DON PEDRO.

El tiempo corre, Blanca, Amir espera.

BLANCA.

¡Lance terrible! quién me lo dixera
quando por mí jugaste cañas! Quando...

¿De qué cosas me estoy ahora acordando?

DON PEDRO.

No es ocasion: el plazo acaba.

BLANCA.

¿Amante
vas de tu Blanca?

DON PEDRO.

Juro ser constante.

BLANCA.

¿Juras? Ya es esto de la dicha estremo:
ahora tu muerte mas que nunca temo.
Dueño, à Dios para siempre: ¡mas qué ruido

Suena ruido.

tan espantoso que aumentó mis penas!

DON PEDRO.

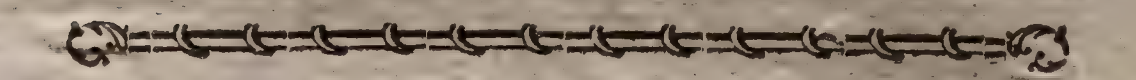
A Dios, que con los tornos y cadenas
movieron ya los puentes levadizos,
y los rastrillos para que yo salga.
A Dios.

BLANCA.

El cielo ¡ay mísera! me valga.

AC-

ACTO III.



SCENA I.

XIMEN, DOÑA MARIA.

DOÑA MARIA.

¿Que à tanto llegar pudo la fiereza,
Ximen, del hijo mio, que se fuese
sin despedir de su piadosa madre?
consejo fue de su terrible padre,
que mas le temo que al furor del Moro.

XIMEN.

Deja, señora, el importuno lloro,
no desmaye la gente à tus gemidos.

DOÑA MARIA.

¡Ay con qué error las madres deseamos
ò Ximen, ver crecer à nuestros hijos,
para causar tormentos y cuidados!

XIMEN.

Señora, los que estan bien educados
por maravilla causarán pesares.

DOÑA MARIA.

Ojalá, como han dicho, los socorros
lleguen que ya se esperan por instantes,
y à Pedro libren del poder del Moro.

XIMEN.

No hay que fiar en esperanzas vanas,

que hacen mayor el daño no creido,
si como suelen al incauto engañan.
Ten el gran corazon bien prevenido
siempre ácia lo peor, que felizmente
yerra quien halla el bien, y el mal consiente.
Señales ni noticia no han venido
del socorro, señora, que en Sevilla
todos ignoran el funesto lance.

DOÑA MARIA.

¿Quién me dixera esta fatal desdicha,
ahora que el Rey de Portugal su tio
llamó à ser su doncél al hijo mio,
honrandose con él y con mi sangre?

XIMEN.

De otra manera el cielo lo ha querido.

DOÑA MARIA.

Voy desde las almenas y omenages
à no apartar mis ojos del camino.

XIMEN.

Madre infeliz, ¡qué alivio habrá que baste!

SCENA II.

GUZMAN, XIMEN.

GUZMAN.

¿Qué fue, Ximen, lo que imprudente hablaste?

XIMEN.

Solo dixe à la gran Doña Maria
que en esperanza incierta no fiáse.

GUZMAN.

No me la desanimes todavia

en

en vez de çonfortarla: sabes quánto
mi pecho inquieta con su amargo llanto,
que apenas puedo resistir, y quieres
exponerla tal vez à desafueros?

XIMEN.

Pero si la fortuna adversa fuere,
prevenida estará.

GUZMAN.

No tan adversa,
Ximen, nos mira ya como parece,
pues grande confusion de polvareda
se advirtió ácia el camino de Sevilla
por nuestras vigilantes atalayas:
cierta señal de que el socorro llega.

XIMEN.

Calmó mi susto, no recelo nada.

SCENA III.

ELVIRA, *y dichos.*

ELVIRA.

¡Nueva desdicha horrible y no pensada!

XIMEN.

Di, Elvira, qualquier pena que te aflija.

ELVIRA.

Al campo moro huyó Blanca tu hija
à entregarse à la muerte por su amante.

XIMEN.

¡Qué escucho! Ay infeliz!

ELVIRA.

No fue bastante

mi fuerza ni mi lloro: despechada
se descolgó por la muralla: nada
la pudo contener.

XIMEN.

¡Infeliz padre!
Yo moriré de este dolor.

GUZMAN.

Ximenez,
¿qué es del valor y la constancia grande,
que à todos aconsejas? facilmente
virtud mostramos en desdicha agena,
¡mas qué flaquezas en la propria pena!

XIMEN.

Cierto es; ¡pero una hija asi arrestada!..

GUZMAN.

La ciega juventud precipitada
nos lleva à tanto error: ¡naturaleza
miserable la nuestra! solamente
conocemos el mundo quando empieza
ya à faltarnos la vida, y aprendemos
à vivir à la muerte, ya sin fruto
à costa de los golpes mas violentos
de infortunios, desgracias y escarmientos.

XIMEN.

Permite, Don Alonso, que yo vea
cómo à este mal remedio se provea.

GUZMAN.

¡No me bastan mis males! ¿que es forzoso
que à los demás consuele valeroso,
como si yo estuviera consolado?
Vamos, Ximen: yo tomo ese cuidado.

SCE-

SCENA IV.

Acampamento.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, ELVIRA.

ABEN-JACOB.
Asi he determinado la conquista.
ELVIRA.
¡Los moros, cielos! huyo de su vista. [*Vase.*
ABEN-JACOB.
Porque con mis mayores escarmiento.
Si ellos hicieran en Toledo asiento,
ò pasados los montes de Castilla
del Ezla ò de Arlanzon sobre la orilla,
nunca bajára con tan gran braveza
de la horrida mansion de la montaña
el resto de la gótica nobleza
à restaurar los términos de España.
Y, Amir, si no enfrenamos sus intentos,
podemos recelarnos que algun dia
venciendo con valor los elementos
esta altiva nacion y Monarquia,
que tuvo vil principio en una cueva,
segun es su sobervia, al fin se atreva
à buscarnos en Africa, y venciendo,
sobre Zeuta y Oran, veloz qual rayo
tremóle sus pendones de Pelayo.
AMIR.
Habla Alá por la boca del creyente

mas fiel y religioso, que venero
como à divino oráculo: si, pero
no olvides el esfuerzo, y la fiereza
del sobervio Español, sé con certeza
que gran socorro aguardan prontamente,
y asi no irrites al Guzman valiente:
dale à su hijo, y goza del rescate.

ABEN-JACOB.

¿Socorro esperan, y tan presto? ahora
burlaré sus esfuerzos: resistencia
no permitirá el cielo à mi potencia.
Trayganme ese garzon encadenado
con prisiones y guardia.

AMIR *aparte.*

Hemos errado
su padre y yo, y incautos le perdimos
pensando darle vida.

ABEN-JACOB.

Yo ver quiero
si el socorro es mas pronto que mis iras.
Venga ese miserable.

SCENA V.

DON PEDRO *en cuerpo con cadenas, y dichos.*

DON PEDRO.

Aqui me tienes.

ABEN-JACOB.

Si quieres conservar, rapaz, la vida,
tú proprio has de pedir à tu cruel padre
que

que me entregue à Tarifa : es ella sola
de tu infelice juventud rescate.

DON PEDRO.

A Españoles magnánimos y nobles
jamás tales propuestas se les hace :
son pródigos del alma, y sin la guerra
nunca sufren la vida en paz odiosa :
la muerte no es funesta si es gloriosa.
¿A mi padre tan viles condiciones
como à un desconocido le propones ?
Rey Moro, bien sé yo que es imposible
que las admita ; pero à ser factible
que mi padre en el trato consintiera,
por mi fé y por mi Rey muerte me diera.
No entrarás en Tarifa, te lo juro.

ABEN-JACOB.

Pues con tu sangre regaré su muro.

DON PEDRO.

Me conformo gustoso. ¡O madre mia
España ! ¿quién tal cosa me diria,
que habia yo de ser sacrificado
en tu honor ? jamás vi tal alegria,
pues tanto timbre à mi gran casa añado.

ABEN-JACOB.

Temerario rapaz, bien se conoce
que eres brutal estirpe abominable
de ese horrendo Guzman, fiera espantable,
à quien ya como à tal tengo cercado,
sin que nadie le valga : irá el Salado
y el Guadalméxi tintos y espumosos
con vuestra hispana sangre aborrecida.

DON PEDRO.

Si la mia apeteces, los preciosos
instantes no malogres: libra à España
à costa de mi vida, y soy dichoso.

ABEN-JACOB.

Amir, no vi braveza tan estraña,
tal despreciar la muerte, apetecerla,
provocarla, y con gozo padecerla.

AMIR.

¿No te lo dixe, gran señor?

ABEN-JACOB.

Al muro
llamada haced.

ARALDO *recio.*

Guzman, Castilla, España,
há de las alcazabas de Tarifa.

SCENA VI.

GUZMAN, XIMEN, *christianos en el muro.*

GUZMAN.

Todos velan, ò Moro, en sus castillos.
¿Qué pides, di, con tanta voceria?

ABEN-JACOB.

Guzman, llegó mi cólera al estremo,
me irritaste imprudente, y el supremo
poder mio ultrajaste: ve en que estado
consientes à tu hijo aprisionado
por tu tenacidad: con paz te ruego
otra, y otra, y mil veces; mas si luego
no la admites rindiendome la fuerza,

tu

tu hijo va à morir.

XIMEN.

¡Qué horror!

GUZMAN.

Ximenez,
¿quién tal cosa, aunque en bárbaro creyera?

ABEN-JACOB.

¿Qué respondes, Alcayde?

GUZMAN.

¿En regia sangre,
aunque mora, cabrá tal villania?
Nunca à tanto creí que llegaria
tu rigor, ni permite tal la guerra.

ABEN-JACOB.

Yo tengo de rendir toda tu tierra,
y todo medio es lícito.

GUZMAN.

Aun es vano
tentar asi la fé de un Castellano.
¿Amir, ese es tu auxilio y tu seguro?

AMIR.

A ley de Moro hidalgo, Nazareno,
y por mis ascendientes yo te juro,
que inculpable me miras.

ABEN-JACOB.

No malogres
la oportuna ocasion: para que veas
lo que es una amistad que no deseas,
Don Pedro libre irá, y en casamiento
feliz le ofrezco à Fatima mi hija,
que alegre le honrará con su real mano.

GUZMAN.

¿Y havia de bajarse un Castellano
à una Princesa Mora? Mas urgente,
y útil ocupacion hablar me veda
contigo asunto vano: à Dios te queda.

SCENA VII.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, Y D. PEDRO *retirado con guardias.*

AMIR.

Ya respiro, Alá santo.

ABEN-JACOB.

¡Qué osadia!
¡qué barbaridad fiera! ¿quién creeria
aun viendolo tal hombre? ¿Amir, qué es esto?
Tú los conoces bien, la verdad dices:
mira con qué nacion y con qué gentes
ferocísimas tanto peleamos,
que ni estiman sus hijos inocentes,
y el rostro vuelve, y en poder le deja
de sus mas rigurosos enemigos,
sin que pueda ablandar su duro pecho
en ver al que es su sangre en tal conflicto.
¿Qué exército lidió con tales fieras?
Vengan à combatirlas con nosotros,
que en Africa dejamos los leones,
y encontramos aqui mayores monstruos.

AMIR.

Apenas creo lo que estoy mirando:
mas prevente, Califa, à nuevo asombro.

SCE-

SCENA VIII.

BLANCA, *y dichos.*

BLANCA.

He de entrar à pesar del mundo entero.

ABEN-JACOB.

Muger, ¿quién eres?

BLANCA.

De este prisionero
soy esposa infeliz: ¡ dueño adorado!

ABEN-JACOB.

¿A mi tienda real, cómo has entrado?

AMIR.

Atropellando inmensos esquadrones.

ABEN-JACOB.

¿Tanto ultrage à mis regios pavellones?

BLANCA.

¿Cómo asi estás, señor y esposo mio?

DON PEDRO.

Blanca, ¿à qué te arrojó tu desvario?

ABEN-JACOB.

¿Qué quieres, dime, intrépida Christiana?

BLANCA.

Escucha, Aben-Jacob: va à sufrir muerte
Don Pedro de Guzman, muerte tyrana
por tu rigor injusto; si de humana
sangre sediento buscas la inocente,
tampoco contra tí soy delinquente,
vierta la mia tu furor tremendo:
yo me ofrezco à la muerte por mi esposo:
ma-

matame en lugar suyo: no comprendo
diferencia en los reos: si es odioso
à tí, yo lo seré, te insulto y reto
de inhumano Monarca: yo tus iras
irrito, indigno de glorioso cetro.
Y no soy menor víctima à tu enojo,
pues si de estirpe, y con razon se jacta,
él de los Reyes de Leon y Oviedo,
yo de Garci Ximenez de Navarra.

DON PEDRO.

¿Qué haces, Blanca?

ABEN-JACOB.

De cólera yo tiemblo.

BLANCA.

El viva, y muera yo.

DON PEDRO.

¡Terrible pena
mayor que las pasadas!

ABEN-JACOB.

¡Qué desprecio
mi sobervia padece! ambos procuran
por dicha el blanco ser de mis rigores,
sin temerlos: por ser mis enemigos
los dos se afanan: quien la muerte fiera
busca, ¿qué temerá?

DON PEDRO.

Tal no consientas,
Rey Moro, porque solo el que milita
debe sufrir las leyes de la guerra.
Ve quanta gloria y esplendor te quita
matar à una muger tierna, inocente,
vuelvesela à su padre heroycamente.

BLAN-

BLANCA.

Vuelve à mi esposo à su afligida madre,
y muera yo, pues que sin él no vivo.

DON PEDRO.

Yo soy ofensor tuyo, y tu cautivo.

BLANCA.

Yo me entrego, y te injurio, y si no muero
te quitaré la vida à puñaladas.

ABEN-JACOB.

¡Qué frenesí! Por si es industria, quiero
que no les valga: ¿entrambos morir quieren?
pues mi bondad otorga su demanda.
Mueran los dos.

DON PEDRO.

Aben. . : Yo desvario.

BLANCA.

Yo me conformo, si Don Pedro muere,
con no sobrevivir al dueño mio.

ABEN-JACOB.

Pues si los dos quereis amable vida
gozar en dulce union, à vuestro padre
decid, que abra las puertas de Tarifa.

LOS DOS.

¿Dónde el verdugo está que ha de matarme?

ABEN-JACOB.

¿Eso decis? ¡qué rabia! No está lexos
de vuestro cuello. Amir, ven, ya es preciso
aprontar los tormentos mas crueles.

SCE-

SCENA IX.

DON PEDRO, BLANCA, ARALDO, *y guardias.*

DON PEDRO.

¿Qué hiciste, Blanca? todo lo has perdido.

BLANCA.

Perdiólo todo quien à tí te pierde.

DON PEDRO.

Goza los años que te presta el cielo
mas felices que à mí: vendrá la muerte
sin que la busques tú: yo no la temo;
solo me aflige la tristeza y llanto
de mi madre infeliz, y el gran quebranto
de mi padre, que sufre los pesares
de todos con magnánima entereza.
Vuelvete, Blanca.

BLANCA.

No hay en mí flaqueza,
señor, para arrostrar los infortunios
que à tí te cercan sin acobardarte.
Tu para España debes conservarte,
à quien acaso colmarás de triunfos;
pero à una muger débil, que no espera
laurel triunfal, permitela que muera:
muera por tí.

DON PEDRO.

¡Virtud esclarecida!
¡O digna de otro dueño y larga vida!
si algo te merecí, si alivio quieres
darme en esta afliccion, piensa qué pena

se-

será la que atormente à nuestros padres
quando sepan tan bárbara tragedia,
de cuyo horror yo solo fui la causa.
Vuelvete, Blanca, vuelve, y de consuelo
sirva tu vista à su vegez cansada.
Esto te pide quien te adoró un tiempo
de tí correspondido: ve, acompaña
la amarga soledad que los espera.

BLANCA.

¡Ay que yo moriré desesperada!

DON PEDRO.

No es valor el despecho; ni negada
está del todo la piedad del cielo,
que aun puede haver remedio, aun el socorro
quizá pronto vendrá.

BLANCA.

De angustia muero.
A Dios de qualquier modo para siempre.

DON PEDRO.

No há mucho, Blanca, que tu afecto tierno
dixo lo mismo: ¿ves si se ha apiadado
de nosotros cuidando al fin el cielo?
lo proprio será ahora.

BLANCA.

Los abrazos
últimos y primeros toma, esposo,
por prenda, aunque infeliz, de mi amor casto.

DON PEDRO.

Deja antes que à tus plantas...

ARALDO.

Nazarenos,
el Miramamolin se acerca: paso. [*Los aparta.*

BLANCA.

¡ Desventurado amor !

DON PEDRO.

¡ Desdicha fuerte!

SCENA X.

ABEN-JACOB, AMIR, *dichos, y guardias.*

ABEN-JACOB.

Haced con la Christiana de la suerte
que manda mi grandeza : ea llevadla,
y à la plaza llamad.

BLANCA.

Rey. . .

DON PEDRO.

Señor. . .

BLANCA.

¡ Cielos !

DON PEDRO.

Guardias. . . Gran señor. .

BLANCA.

Moros. . .

ABEN-JACOB.

Arrastrando. . .

BLANCA.

Escuchad. . .

DON PEDRO.

Un instante.

ABEN-JACOB.

Con violencia
la retirad sin que hable.

AMIR.

AMIR.

La obediencia
al Califa se observe, Musulmanes.

BLANCA.

¡ Bárbaro, monstruo!

DON PEDRO.

¡ Indigno!

BLANCA.

¡ Ay! entre afanes
agonices rabiando, y por traydores
pagues la pena horrenda que mereces.

Llevanla.

DON PEDRO.

¡ Valedme, cielo, innumerables veces!

SCENA XI.

Los mismos, menos BLANCA.

ABEN-JACOB.

Llamad.

AMIR.

Toca, Añafil. [*Tocan.*

ARALDO.

Há de los muros.

SCENA XII.

Los mismos, GUZMAN, XIMEN, *y Christianos en lo alto.*

GUZMAN.

Moros, ¿qué resolveis?

ABEN-JACOB.

No esteis seguros
por la fuerza y socorro. Alá y Mahoma
à su amparo su pueblo amado toman,
y al sequaz de Jesus no le consienten
sobre la haz de la tierra sino esclavo:
visteis vuestras Cruzadas en Oriente.
A tu hijo, Alcayde de aherrojar acabo,
ò entrega los alcázares, ò muere.

GUZMAN.

¡Desgracia, y situacion fatal la mia!

XIMEN.

¿Dónde estarás? ¡ay hija Blanca mia!

ABEN-JACOB.

¿Qué respondes, Christiano?

GUZMAN.

He respondido.

ABEN-JACOB.

Tu mismo hijo aqui te ruega triste
no le quites la vida que le diste.

GUZMAN.

Para Dios y la patria fue la vida
(no lo ignora Don Pedro) concedida:
ni en él creo tal súplica, pues sabe

que

que la muerte con honra es muerte bella,
ni es mas que el miedo que se tiene de ella.

XIMEN.

¡Qué valor que me afrenta! Ay hija amada!

ABEN-JACOB.

Pues ya, Guzman, que no le rinde nada
à tu indomable corazon, advierte:
¿cómo tendrás valor de ver su muerte
delante de tus ojos al instante?

GUZMAN.

Tente, bárbaro, aguarda, ¿à un tierno infante
te atreves solo? con robustos hombres
exercita el valor: asalta el muro,
ò en campo raso espera.

ABEN-JACOB.

Español duro,
rinde à Tarifa, ò morirá tu hijo.

GUZMAN.

Moros, tiraos atrás, que ya se dixo
que aborrezco tal pacto: ò mis flecheros
fundibulos, trabucos, y ballestas,
y máquinas de guerra al foso puestas
os harán apartar roto el seguro.

ABEN-JACOB.

Con todo mis piedades desde el muro
permiten à su madre que le vea
la vez postrera, si es que lo desea.

GUZMAN.

Piedad cruel qual tuya: ya su madre
no necesita verle, ni aun yo proprio.

XIMEN.

¿Podré con tal exemplo yo quejarme?

ABEN-JACOB.

¿Qué esperamos visto esto? Horrible monsruo!
Rapaz, tu cuello siegue ya mi alfange.

Agarrale, y al herirle sale su madre presurosa.

SCENA XIII.

DOÑA MARIA *y dichos.*

DOÑA MARIA.

Detente, Aben-Jacob, aguarda, escucha
¡ay hijo mio! ay cielo! un breve instante.

ABEN-JACOB.

Di presto, ò va à morir.

GUZMAN.

¡Lance terrible!

DOÑA MARIA.

Duelete, Aben, de una afligida madre,
asi la suya à ver vuelva à tu hija.

ABEN-JACOB.

Christiana, vence à ese insensible padre.

DOÑA MARIA.

Guzman, señor, esposo.

GUZMAN.

¡Qué agonia!
¿No me basta el pesar, Doña Maria,
que el corazon me oprime, que en tu llanto
me das mas fiero y bárbaro quebranto?

DOÑA MARIA.

¿No ves el espectáculo terrible,

que

que aun pasma al enemigo? ves los hierrcs?
¿ves sobre el cuello ya la cimitarra?
y que el que va à morir ves que es tu hijo?

GUZMAN.

Todo lo veo, y miro mi desgracia.

DOÑA MARIA.

¿Quién basta contra tantos enemigos?

GUZMAN.

Yo

DOÑA MARIA.

Por un hijo pide su fiel madre.

GUZMAN.

Señora, antes fui hijo de mi padre,
que padre de mi hijo.

DOÑA MARIA.

¿No te ablandan
de una llorosa madre los suspiros?
Padre...

GUZMAN.

Llamame Alcayde.

DOÑA MARIA.

Ay que es tu amado
hijo Don Pedro.

GUZMAN.

No es sino un soldado.

DOÑA MARIA.

Un soldado hijo tuyo.

GUZMAN.

Lo son todos.

DOÑA MARIA.

No permitas, Señor, que de ansia muera
entre ayes y suspiros dolorosos.

GUZMAN.

Para ahora es el valor, Doña Maria.

DOÑA MARIA.

¡Qué horror funesto este tremendo dia
à nuestra casa trajo!

GUZMAN.

Antes la ensalza.

DOÑA MARIA.

Guzman, dueño, señor: ay hijo mio,
que en un suplicio à verte morir llego
entre fieros verdugos sin delito:
¿para este trance te crié à mis pechos?
¿quién creyera que asi te malográras,
y penas tan inmensas me causáras?
¿Te acuerdas, dulce esposo, de aquel tiempo
de su hermosa niñez, ¡ay tiempo, ay hijo!
en que era tus delicias y consuelo,
sus dulces juegos, su inocencia y gracias,
los tiernos besos, y amorosas muestras,
que en él fundaste toda tu esperanza?

GUZMAN.

Dejame, esposa mia.

DOÑA MARIA.

¿Al fin no escuchas?

GUZMAN.

Siento tus males, los de Pedro y Blanca.

XIMEN.

¡Ay hija mia!

DOÑA MARIA.

El corazon se altera.
¿Por fin qué determinas, di?

GUZ-

GUZMAN.

Que muera.

DOÑA MARIA.

¿Manda eso un padre? ¡ay cielos!

GUZMAN.

Un Alcayde.

DOÑA MARIA.

¿Y qué no habrá remedio?

GUZMAN.

No es posible.

DOÑA MARIA

¡Desventurada madre! padre horrible!
¿A quién me volveré? Moros, doleos
de una madre infeliz, que ya os suplica:
si hay en Africa madres que se precian
de serlo, y si es que un hijo alli se estima,
doleos de esta muger desconsolada,
de un padre y de un esposo abandonada.
A vosotros me vuelvo, socorredme,
no estrañeis que os suplíque aunque enemigos:
ved qual es mi dolor, y quan intenso,
pues no encuentro piedad entre los mios.

ABEN-JACOB.

Christiana, si à piedad de su hijo proprio
el terrible Guzman no se conmueve,
¿cómo quieres hallarla en sus contrarios?
El nos da los exemplos mas crueles,
su hijo y él morirán, morireis todos,
y todos los sectarios del ungido
Nazareno: Guzman quiere que acabe
mi rigor con el pueblo incircunciso,
pues lo conseguirá: por éste empiezo.

Levanta el alfange.

Do-

DOÑA MARIA.

Aben-Jacob, señor, suspende el filo,
yo moriré por él, vierte mi sangre.
¿En qué pudo ofenderte un tierno niño?
A mí, à mí, vesme aqui: quiero arrojarme
del muro à que me mates por mi hijo.

ABEN-JACOB.

Pide à su padre que à Tarifa entregue.

DOÑA MARIA.

Si: no le mates, deja que le ruegue.

AMIR.

Señor, no lo apresures, pues si muere
Don Pedro, es imposible entrar la plaza.

XIMEN *habiendose entrado un rato.*

Señor, nuestro consuelo el cielo traza:
salieron con furor unos soldados,
y embistiendo atrevidos y emboscados
cautivaron à Fatima, y ligeros
con gran valor por el portillo entraron.

GUZMAN.

¿Lo oyes, Moro?

ABEN-JACOB.

Si lo oygo.

GUZMAN.

¿Ves, si el cielo
me escuchó?

ABEN-JACOB.

¡Qué pesar! Mahoma injusto!

GUZMAN.

Pues un hijo por otro es cambio justo,
dame à Pedro, y à Fatima te entrego.

ABEN-JACOB.

De rabia horrenda y cólera estoy ciego.

GUZMAN.

¿Qué dices?

ABEN-JACOB.

Que à despecho de los mismos
cielos he de vengar mi horrenda saña,
que no te ha de valer la suerte estraña,
aunque tengas à Fatima en prisiones.

GUZMAN.

Pues ya que à mis justísimas razones
te niegas, sufre el mal que yo padezco,
verás qual es: no mates à mi hijo,
ò tu hija morirá, que presa tengo.

ABEN-JACOB.

¡A bárbaro Español! Africa tiene
tambien heroycas almas, ni por eso
se rinde mi valor: dala la muerte.

GUZMAN.

Traedmela, soldados, y él la vea
morir. Si asi lo quieres, mata, y mato.

ABEN-JACOB.

Ni el impensado lance me acobarda:
tu crueldad disculpará la mia,

Alza el alfange.

y pues asi lo quieres, mato, y mata.

DOÑA MARIA.

Detente, Aben, que libre está tu hija:
yo la amparo.

ABEN-JACOB.

Yo espero agradecido
otro instante no mas: Guzman se rinda.

GUZ-

GUZMAN.

¿Qué es rendir?

DOÑA MARIA.

Mi palabra está empeñada.

GUZMAN.

Pues cumplidsela al Moro: libertada
vaya Fatima al punto.

ABEN-JACOB.

No me obligo
por eso al tanto, intrépido enemigo,
ni me engaña tu astucia; alguna causa
ò vanidad tendrás, fiero Christiano,
para emprender tan espantosa hazaña.

GUZMAN.

Los sobervios leones de Castilla
nunca se ceban en corderas mansas;
el contemplar à Fatima inocente,
es lo que me enternece solamente,
no pague agena culpa.

AMIR.

Ahora digo
que es sacra religion la de mi amigo:
¿quál dió tan gran virtud? ni quál perdona
pudiendose vengar de su enemigo?

ABEN-JACOB.

Si pretendes, sobervio Castellano,
avergonzarme con alarde ufano
de fingidas virtudes, te equivocas:
mas con eso mi cólera provocas;
ya no te ruego, esta es la vez postrera.

DOÑA MARIA.

Gran Miramamolin, deja siquiera

que

que haga el último esfuerzo.

ABEN-JACOB.

Acaba, acaba.

DOÑA MARIA.

Ea señor, quanto en lo humano estaba
hiciste por el Rey: no hay fuerza alguna
que baste à tal bayben de la fortuna.
Ya se vió tu constancia; à mas no obliga
la lealtad à nadie: no se diga
que por ser buen vasallo fuiste padre
despiadado y cruel, y que no sientes
ver con tus ojos derramar tu sangre.

GUZMAN.

¡O esposa muy amada! qué tormentos
turban mi corazon! mi sentimiento
aumentas con tus lágrimas: ahora
quisiera yo el valor en tí, señora.
Si tu hijo Pedro muere, considera
que es martyr de la fé, que gloria espera
del cielo y de los hombres: mi esperanza
tambien se pierde, y todas mis ideas.
¡Ay hijo mio! Esto es para que veas,
que no soy insensible; mi desgracia
me puso en la ocasion de que parezca
cruel, que no lo soy. Hijo del alma,
à quien pensaba yo ¡mas ay qué engaño!
dejarle mi loriga y mi caballo,
para algun tiempo defender à España:
el exemplo te aníme: à Abrahan su padre
le mandó Dios sacrificar el hijo.

DOÑA MARIA.

A su padre es verdad; mas no à su madre.

GUZ-

GUZMAN.

Retirate.

DOÑA MARIA *de rodillas.*

Con lágrimas te pido
à tus plantas, señor, arrodillada,
que en un mar no me dejes anegada
de congojas y lástimas: del suelo
ni me levanto sin algun consuelo,
no dejaré tus pies, que anego en llanto,
sino me otorgas para un hijo vida.
Duelete de una madre amortecida
del tremendo dolor que apenas sufro:
mira à toda tu gente condolida
llorando tu entereza ya culpable.
No solo oygo lamentos femeniles,
los mas robustos pechos varoniles
se enternecen y en lágrimas deshacen:
todos conmigo lloran, y te piden,
que te adolezcas de la pena mia.

GUZMAN *levantandola.*

¡Valgame el cielo! en fin Doña Maria,
¿qué estremos son aquestos? ¿qué hacer puedo?
¿quál es tu peticion?

DOÑA MARIA.

Si luego ò tarde
se ha de rendir la plaza al grande asedio,
liberta al menos tan amable vida.

GUZMAN.

¿Que à un Alcayde Español esto se pida?

DOÑA MARIA.

¿Que no te vence mi suspiro y llanto?

GUZ-

GUZMAN.

Mucho puede conmigo, mas no tanto.

DOÑA MARIA.

¿Con que morirá?

GUZMAN.

Si.

DOÑA MARIA.

¡Fatal sentencia!
¡Deme el cielo divino resistencia,
que no la tengo ya! Padre inhumano,
monstruo cruel, ¿consentirás tyrano,
que no corra tu sangre por las venas
de humana criatura? Las agenas
vidas estimas poco; si la tuya
fuera, quizá ya huvieras entregado...

GUZMAN.

¿Que à mi de tal infamia se me arguya?
Moros.

ABEN-JACOB.

Di.

GUZMAN.

Nuevo pacto.

ABEN-JACOB.

Ya te escucho.

GUZMAN.

Que à Don Pedro entregueis, y que yo en cambio
bajaré à morir.

DOÑA MARIA.

¡Cielos!

ABEN-JACOB.

Ningun pacto
quiero.

GUZMAN.

¿Tienes valor, hijo Don Pedro?

DON PEDRO.

Muero como Guzman, como Christiano.

GUZMAN.

Hijo, el cobarde muere tantas veces
quantas teme el morir: el valeroso
que la muerte desprecia, nunca muere.

DOÑA MARIA.

No lo sufriré yo, viva mi hijo:
à defenderle, al arma, Castellanos,
salid à libertarle: las mugeres
guardaron solas el Peñon de Martos.

GUZMAN.

¿Que es esto, Castellanos y Leoneses?
aqui de la lealtad: sobre las armas,
alerta: tú moderalos, Ximenez.
Infelice muger, refrena el labio,
ò vive Dios castigaré el agravio
hecho al Monarca, no me tumultues
con llantos sediciosos mis soldados.

DOÑA MARIA.

¡Nadie se mueve à mi lamento! O Moros,
que estais viendo tal padre: ea al asalto:
arrimad pronto al muro las escalas,
suban vuestras falanges: yo, yo misma
os serviré de escudo, entrad la plaza.
Mueran todos, matadme à mí primero
que yo llegue à mirar el trance fiero.
Y si premios quereis aventajados,
grande riqueza tengo en mis estados:
saciad vuestra codicia en esas joyas, [*Tiralas.*

tomad, enriqueceos: mas rescate
daré tambien: me entregaré à mí propria,
me arrojaré del muro hasta el adarve.

Quiere arrojarse, detienela

GUZMAN.

Desgraciada muger, detente: amigos,
contenedla. ¡Qué horror!

DOÑA MARIA.

Esfuerzos vanos.

GUZMAN.

Esposa, ¡ò cielo! Alerta, Castellanos,
no nos sorprenda el Moro. Escucha, atiende.

DOÑA MARIA.

Rinde el muro que débil se defiende,
y librese à mi hijo por ahora,
que podeis luego recobrar la plaza,
y el honor con mas número de tropas.

GUZMAN.

Pues si algo se pudiera à fuerza de armas,
¿qué no intentára yo? ¿quáles remedios
piensas que no habré, esposa, imaginado?
Todo lo maquiné, lo pensé todo:
¿ha de rendirse un noble hispano Godo?

DOÑA MARIA.

Rinde à Tarifa, porque Pedro viva.

GUZMAN.

¿Qué blasfema tu voz? Viven los cielos,
que te abandonaré, Doña Maria,
sin que el materno afecto te disculpe,
pues eres vulgar madre. ¿Quál esposa
à un hombre como yo tal decir osa?
A Guzman, que me corro vive el cielo

de mirarte à mi lado, ¿quién tal dice?
¿Esto se escucha entre Christianos? esto
las ricas fembras de Castilla piensan?
¿la gran consorte de Guzman el Bueno?

DOÑA MARIA.

Las madres digan si merezco saña.

GUZMAN.

¡Ah pundonor y lealtad de España,
que tal se le aconseja! No es posible:
lo escucho y no lo creo. Heroycas almas
del gran Fernan Gonzalez, de Bernardo
Rodrigo el Campeador, Bustos y Vargas,
alzad de vuestras tumbas dó reposan
las cabezas de lauros coronadas,
vereis quánta mancilla en la española
nobleza cabe ya, ya se propone,
que se entregue la tierra que ganasteis
con vuestra sangre afanes y sudores,
por salvar solo à un joven temerario.
¿Y yo lo escucho? ¿y esta infamia havia
à mi familia el cielo reservado?
¿Si à sus maridos tal traycion dirian
las Ximenas, Violantes, y las Sanchas?
¡Qué pena! Vuelve en tí, Doña Maria
Hernandez Coronel, mira los triunfos
de tu heroyco linage: no amancilles
tanto timbre y victoria esclarecida.
La vida sin virtud ¿acaso es vida?
Lo que es preciso es justo, no hay remedio:
acaso estan los cielos destinando
ensalzar nuestra sangre con tal hecho,
y ir nuestra descendencia propagando

por

por medio de naufragios y conquistas,
exemplo, admiracion del Universo.
Agora está mi Rey en la su villa
de Alcalá noticioso del gran cerco
en medio de sus grandes de Castilla,
y aunque sabe el poder y el tren del Moro,
dice à los caballeros de su corte:
Alli tengo à Guzman el valeroso,
no hay riesgo ni peligro que me importe.
Toda Castilla al fin, España toda
tiene puestas en mí las esperanzas:
toda la christiandad sabe que ahora
defiendo yo del bárbaro esta plaza.
Todos en mí se fian: por mí piensan
que cautivos no irán à las mazmorras,
que soy campeon de la religion santa,
y que del mismo Dios guardo la honra:
que en esta fuerza España está fiada,
y que si rompe la morisma ayrada,
todo se pierde: restaurador nuevo
me llaman, y creen todos en tal lance
deberme tanto à mí como à Pelayo.
Africa misma mira con desmayo
el valor español: el Universo
que lo sabe, mi accion está mirando:
todos lo aguardan, y la fama siento
que la lleva à los siglos mas distantes.
¡Y habrá con esto pechos de diamantes,
que la virtud no encienda? ¿y será acaso
posible que en los tiempos venideros
se deshonre à Guzman, y que se diga
que solo un llanto femenil le obliga

¿ eterna infamia y à deshonra inmensa?
¡Qué una muger, que fueron la defensa
de España sus avuelos, hoy la pierde,
qual la Caba Florinda, y que yo facil
repito de Julian la accion aleve?
¿Esto quieres, señora? y es posible?
¿La nota de traydor eternamente
le impones à tu esposo? de perjuro,
de falso, en quien su Rey no está seguro?
¿de que vende à su patria, la fé, al cielo?
¡Quánta abominacion! ¡qué asombro! el suelo
que piso me sepulte, esposa mia:
la pasion te cegó, vuelve en tí, que esto
no cabe en tu valor, Doña Maria.

DOÑA MARIA.

¡Valgame Dios! de qué profundo sueño
me despierta tu voz! Me anímo en vano,
me aliento noble, y madre desfallezco.
En pasion maternal nada es estraño,
señor, me la enseñó naturaleza.
Mas yo manchar no intento la nobleza:
soy Coronel, tu esposa, aunque soy madre.
Conozco ¡ay Dios! que tan prudente padre
lo miró todo, y que aunque calla siente
la desgracia del hijo, y la imprudente
sinrazon de la madre: mi disculpa
será el perdon que de mi audacia pido.
Yo aumenté tu pesar. Con esta angustia
provarnos quiere el cielo, lo conozco:
humilde adoro la voluntad suya.
Venciste mi pasion, venciste, esposo:
me asombra tu virtud, y aunque perezca

al

al sentimiento horrible que me cerca,
si no hay otro remedio, y Dios se agrada,
si mi tormento y mi dolor conduce
à ensalzar la grandeza castellana,
muera mi hijo à manos mas crueles.

GUZMAN.

Digna corona de los Coroneles,
¡ò gran Doña Maria, prez y gloria
de españolas matronas! raro exemplo
de valor sin igual! llega à mis brazos,
esposa digna de Guzman el Bueno.
No hay que tardar, las mesas prevenidas
saquen à este bastion.

XIMEN.

¡Raro portento!

ABEN-JACOB.

Por las señas que vemos allá arriba
Guzman se vence de la madre al ruego:
rendi à Tarifa, Amir, y gané à España.

AMIR.

Yo me atrevo à rendir al Universo,
pero no de Guzman la feroz alma.

ABEN-JACOB.

Guzman, ya tu piedad sabe tu hijo,
que agradece: quitadle las prisiones,
y à sus padres les lleve ricos dones.
Baja, Alcayde las puentes, que allá vamos.

GUZMAN.

Moro, ya mas palabra no escuchamos:
guerra, guerra: Tarifa por Castilla.

ABEN-JACOB.

Vano, ¿y podrás sufrir que mi cuchilla
de-

deguelle al hijo tuyo?

GUZMAN.

Y si te falta
espada, ahí tienes, bárbaro, la mia.

Desembayna la espada, tirala, y la coge Amir.

DON PEDRO *exclamando.*
Lumbrera celestial, este es el dia
último que te ven mis tristes ojos.

ABEN-JACOB.
Ahora yo tiemblo al ver tales arrojos.

DON PEDRO.
Padre, yo fui la causa de tan grandes
desdichas como sufres este dia
funesto, y memorable para España.

ABEN-JACOB.
Pues no cuente sin lágrimas la hazaña.

DON PEDRO *arrodillado.*
Perdon y bendicion en este trance.

GUZMAN.
Hijo, la mia y la de Dios te alcance.

Vuelve la espalda: llevanse los Moros à Don Pedro: sientanse à la mesa Guzman, Doña Maria y Ximen, y viene

BLANCA.
¡Odiosa libertad!

XIMEN.

¡Qué es esto, cielos!

BLAN-

BLANCA.

No es virtud del Alarbe : violentada
me trajeron por fuerza hasta la entrada
para que los soldados tumultue
con mis llantos y voces, y abanzarse
entre la confusion à la muralla.
Alli vi una gran piedra prepararse,
para sacrificar aquel cordero:
no me fue permitido que muriera
por él ; mas ya del sumo dolor muero.

DOÑA MARIA.

¡Ay hijo mio! ¡inaguantable pena!

GUZMAN.

Esposa, ¿qué es de tu valor constante?

XIMEN *reparando.*

Si no engaña la vista lo distante,
el socorro ya llega: ya diviso
el guion de Castilla, y los pendones
bordados de castillos y leones;
y con las huestes moras abanzadas
ya escaramuzan nuestros batidores.
Don Juan Ramirez es...

Gran ruido, y levantanse todos.

GUZMAN.

¿Mas qué alboroto?

Moros dentro.

La Ellah ela Allah.

GUZMAN.

Terrible estruendo.
à su puesto, soldados, ¿qué es aquesto?

Voz

Voz *dentro.*

Ya à Don Pedro cortaron la cabeza.

GUZMAN.

Cuidé que iban à entrar la Fortaleza.

Desmayase Blanca, y la retiran: y Doña Maria derribando las mesas:

DOÑA MARIA.

¡Ay de mí! ¿dónde estoy? ¡qué horror! qué
asombro!
¡desdichada muger, madre infelice!
¡Ay madre! ya no madre, tristes dias
y luto esperan à las ansias mias.
¿Hay dolor semejante? ¡odiosa vida!
¡desesperacion fiera! ¡horrible trance!
Cielo, ¿y esto consientes? ¿la inocencia
atropellada asi? Rayos tremendos,
y muerte, ¿dónde estais? Hijo adorado,
¿que ya no te veré? ¿que tu cabeza
dividida del cuerpo aun boqueando
mueve los tristes moribundos ojos
cárdenos y sin luz? ¿para esto vivo?
¿Por qué no abrasa un rayo vengativo
à tan infeliz madre? Moros fieros,
bárbaros, inhumanos, y crueles,
de implacable fiereza, ayrado el cielo
os sepulte en naufragios; fieras pestes
consuman vuestra raza. O Españoles,
jamás la paz querais con tan vil gente:
sed enemigos de su odioso nombre.
Salga algun vengador, ò descendiente

de-

de la sangre Guzmana, y Coronela,
que lleve à sus riberas el espanto,
la desesperacion, la muerte, y llanto:
ni eternamente cesen los rencores,
nuestras playas infesten à las suyas:
mandadlo à vuestros nietos, Españoles.

GUZMAN.

Asi será: ve, esposa: el llanto enjuga.

Retiranla.

XIMEN.

Castellano Abrahan, tú has acabado
lo que el otro vió solo comenzado.
Ya no hay remedio, en vano te desvelas.

GUZMAN.

¿Conoces à Guzman, y le consuelas?

XIMEN.

Si hay consuelo, corrido y asombrado
diviso al Moro huir ya destrozado
por el socorro, que aunque tarde vino.

GUZMAN.

Mas Tarifa y España se han librado.
Lo que me dió el Señor, él lo ha llevado:
su poder veneremos infinito,
y el nombre del Señor sea bendito.

FIN.